

LA SEMANA

REVISTA POPULAR. 10, Carrera S. Jerónimo, MADRID

EXPOSICIÓN ZULOAGA EN ZARAGOZA



Zaragoza.—El salón Zuloaga, donde el insigne pintor eibarrés expone estos días veinticinco cuadros de gran mérito. (Foto Sánchez Román.)

LAS MAÑANAS DEL RETIRO



Tres bellas y aristocráticas damas madrileñas: las señoras de Huelin, Figueras y Longoria, descansando de un paseo por el Retiro

LOS FRANCESES EN BARCELONA



L. Lucien Poincaré, el alcalde y el presidente de la Diputación de Barcelona, en el acto de inaugurar la Sala donde se ha instalado el donativo francés de libros y bustos.



Poincaré poniendo la primera piedra del hospital francés, en Barcelona, que será llamado "Maison d'assistance". (Fotos Baguñá y Cornet.)

DETENCIÓN



D. Ciriaco Aguirre, médico de Eibar, preso quince días en Bayona por penetrar en Francia llevando en el bolsillo una carta para un súbdito alemán. (Foto Ortuoste.)

CONCERTISTA



Cecilia Ruiz Fornells, que ha dado un concierto de piano en el S. Montano.

EL KAISER EN LAS TRINCHERAS



El Emperador de Alemania es hombre infatigable, que parece hallarse en todas partes a la vez. He aquí una fotografía, hecha recientemente, en la que aparece, con su Estado Mayor, en una trinchera, lugar de gran peligro, observando al enemigo y transmitiendo órdenes a sus generales

LA SEMANA

Año I

3 Junio 1916

Núm. 3

LA ADORACIÓN DE LOS NUEVOS REYES

ORO, MIRRA, INCIESEN...

Porque el Banco de España guarda en sus cajas mil millones de pesetas oro, la mirra financiera y los incensarios periodísticos están rivalizando en sahumeros.

Se pretende que esta apoteosis del Banco sea una apoteosis nacional. Puesto que el Banco ha llegado a los mil millones de pesetas oro—se dice—el país debe estar de fiesta y los españoles más contentos que unas Pascuas. ¿Hay nada más lógico?

Pero, exceptuando a los accionistas, ¿qué beneficio saca ningún español con que el Banco tenga mil millones oro? Supongamos que en vez de mil millones tiene dos mil, tres mil, cuatro mil. ¿Qué pasaría entonces? Pasaría lo mismo que ahora sucede. Que los accionistas del Banco se repartirían los dividendos y que los demás españoles seguirían lampando por una peseta.

¿En qué puede llamarse «nacional» la actuación del Banco de España? ¿Ha abierto crédito a la agricultura, a la industria, ni al comercio? ¿No se cerró a la banca siempre que el labrador, el fabricante, el comerciante, llamaron a sus puertas? ¿Dió la menor facilidad a los exportadores?

Desde que el maestro Costa escribió su famoso opúsculo: «El Banco de España o España del Banco?», la poderosa Sociedad no ha tenido más que una misión: la de facilitar dinero al Tesoro. Esta misión, que tanto y tanto se enaltece, no es más que el pago de un arrendamiento de servicios. Porque el Tesoro, único facultado para emitir billetes, traspasó la potente facultad al Banco. Y el Banco, Sociedad particular, a quien otorgó el Tesoro el privilegio de emitir billetes, se encontró, gracias al Tesoro, convertido en Banco Nacional.

¿Qué hubiera sido el Banco de España, Sociedad particular, sin el privilegio de emisión? ¿Qué era cuando se constituyó más que una Sociedad por acciones y con un capital de doscientos cincuenta millones de pesetas? ¿Qué es hoy, gracias al privilegio de emitir billetes con sus dos mil millones de capital sino lo que es, el amo de España?

Para que se comprenda bien que esta prosperidad del Banco no se debe al Banco, sino al Tesoro, bastará con imaginar que el Tesoro reivindicase para sí la facultad de emitir billetes. ¿Qué ocurriría el día en que el Banco no pudiera emitir billetes? Por lo pronto, que habría de recoger, y pagar antes, por supuesto, los mil setecientos o mil ochocientos millones de pesetas que representan sus billetes en circulación; pero como resulta de sus balances que los billetes en circulación no están garantizados más que en la

mitad de su valor, ocurriría que se acabaría por siempre jamás los repartos de cuarenta millones de pesetas anuales—tal suma repartió como beneficio el año pasado—, siendo así que el capital social, fué, como ya se dijo, de doscientos cincuenta millones de pesetas.

Otro ejemplo, al alcance de todo el mundo. Supongamos que el día de mañana el Tesoro, en uso de su derecho, suspende el privilegio de emisión al Banco de España y se lo da a otro Banco cualquiera: al Hispano Americano, al Río de la Plata, al de Castilla. ¿Qué ocurriría? Pues que los billetes en circulación, en lugar de decir «El Banco de España pagará al portador la suma de...» dirían: «El Banco de Castilla (o el que fuese), pagará al portador la suma de...» ¿No ocurriría nada más? No, señor. No ocurriría nada más. Porque todo eso de las «fuertes reservas» del Banco de España, son de ahora, de estos últimos tiempos, y cuando, por el poder de la emisión—supremo imán financiero económico—el Banco ha ido atrayendo a sus depósitos y cuentas corrientes casi todo el capital español.

De manera que el Banco viene a ser como un príncipe de cuento a quien se dan armas y caballos para desencantar princesas. Era una Sociedad particular, como tantas otras; tenía un capital de doscientos cincuenta millones; de pronto se le dan las armas de emitir billetes, a cuyo imán acuden los capitalistas con sus cuentas corrientes y sus depósitos. Y con mil setecientos millones de billetes, privilegio que le otorga el Tesoro y con cerca de otros dos mil millones que le otorgan los capitalistas, el Banco se hace el amo de España.

Pero ¿se hace el amo para difundir el crédito, para desamortizar capitales, para alentar la exportación, para rescatar nuestras minas, ferrocarriles, fábricas, saltos de agua y demás riquezas nacionales, de los capitalistas extranjeros? ¡Quí! Se hace el amo para llenar de oro sus cajas, repartir cuarenta millones anuales de beneficios, tener en sus depósitos y cuentas corrientes casi todo el capital español paralítico, y dejar que los capitales extranjeros continúen inicuamente explotando minas, ferrocarriles, fábricas, saltos de agua y todas las riquezas españolas!

¿Cómo se quiere, pues, que consideremos como júbilo nacional el júbilo particular de sus accionistas? ¿En qué puede llamarse nacional la actuación de este Banco de privilegio como no sea en el triste e irónico viceversa que tituló Costa.—«El Banco de España, o España del Banco?»

Cristóbal de Castro

AUTOMÓVILES LIGEROS
PEUGEOT

ENTREGAS INMEDIATAS

AGENTE EXCLUSIVO EN ESPAÑA

G. R. Peñalver, Castellana, 6 d.º

GUERRA DE PERIODICOS

El amigo Gómez Hidalgo ha venido a sacarme por un momento de mi parroquia, la revista *España*, y me ha ofrecido el púlpito de su nueva y flamante iglesia, *LA SEMANA*. ¿Hay inconveniente?—me ha preguntado antes, acaso pensando en la posibilidad de que para el director de una revista establecida fuese caso de conciencia escribir en otra de reciente creación. Con esa pregunta, ha planteado Gómez Hidalgo el problema de la competencia. Pero para saber si una nueva publicación significa o no competencia para las restantes, conviene examinar el carácter de cada una y el puesto que ocupan en la evolución general de la Prensa. De este modo, mi artículo, en vez de ser uno más—¡van ya tantos!—sobre la guerra europea, tratará de la guerra de periódicos, que después de todo sólo es un reflejo, en estos instantes, de la otra sangrienta.

Desde luego, la aparición de *LA SEMANA* representa un ensayo original y vigoroso. ¿Cómo es posible vender tanto texto y tantos grabados por diez céntimos? Hace tiempo que la prensa semanal española, como esfuerzo litográfico y económico, era el asombro del mundo. Un amigo me refería una vez el pasmo de un extranjero, gran editor de periódicos, al hojear las revistas de Prensa Gráfica y conocer su precio. El milagro es tanto mayor si se tiene en cuenta que España es uno de los países civilizados donde menos se anuncia en periódicos.

Pero por lo visto, aún era posible la competencia por el precio. En cierto modo, la culpa de esta competencia la tienen los diarios, que hoy puedan dar, gracias a los adelantos en las máquinas de imprimir, grabados abundantes y bien hechos. No son los de cada número tan abundantes y tan bien hechos como los de un semanario; pero entre gastarse en éste veinte o treinta céntimos por ejemplar cada semana o invertir treinta y cinco céntimos en la adquisición de siete números diarios, que además de los grabados y los artículos suministran una amplia información, el público comienza a preferir lo segundo. Hará bien o hará mal; pero la realidad es que el diario, diversamente ilustrado, está suplantado, o, por lo menos, haciendo una dura competencia al semanario.

A esto quizás contribuya también el cinematógrafo. La fotografía móvil, animada, ha depreciado seguramente el valor de la fotografía fija de los periódicos. Y la cinematografía está aún en la infancia como organización, aunque no como técnica. Con el tiempo entrará en su proceso de diferenciación, como el periódico, como toda actividad. Y el día que haya cinematógrafos dedicados exclusivamente a la información fotográfica del día o de la semana, los periódicos ilustrados sufrirán un rudo golpe. Pero esta cuestión no es aún inmediata.

Hoy la lucha está planteada entre el diario y el semanario. El periódico del día compete con el de la semana y el de la semana no puede competir en ningún terreno con el del día. ¿Cuál puede ser, pues, la salvación del semanario? Aunque a primera vista parezca que no la tiene, no es así. Sencillamente, la salvación del semanario consiste en una retirada ante el avance incontenible del diario, en situarse en una zona a que no alcance ni pueda alcanzar la competencia del periódico del día.

Hay tres modos de eludir la competencia. Uno es este: mejorar la calidad de los grabados hasta tal punto que el diario no pueda aproximarse a ellos. Es la creación del periódico ilustrado suntuoso y relativamente barato. Es, por ejemplo, *La Esfera*, en que el grabado se transforma de elemento puramente informativo en un objeto de arte. La ilustración artística es inexpugnable por el diario.

El segundo procedimiento de eludir la competencia es la rebaja de precio. El procedimiento parecía difícil, más bien imposible, dada la baratura de los semanarios populares ilustrados; pero *LA SEMANA* sale heroicamente a la calle a hacer esta ardua experiencia, una de las más atrevidas que se han hecho en la historia de la prensa española. Mis deseos y mi creencia son que el público secundará este simpático y valeroso esfuerzo periodístico, con lo cual tendremos un semanario más a salvo de las embestidas del periódico del día.

Y queda el tercer procedimiento, que consis-

CONCURSO HÍPICO EN VALENCIA



El Sr. Alvarez, con su caballo "Vendeen", que ganó la gran copa de Valencia.



El capitán Charcel, con el caballo "Nudillo", que obtuvo el premio del Ateneo Mercantil.



El teniente Cabanilles, con "Encono", que ganó el premio de la Prueba Regional.

(Fotos Enrique Desflis.)

te en crear la revista en que el texto goce de primacía sobre el grabado, esto es, en que el dibujo o la fotografía, nunca en abundancia, desempeñe una función accesoria junto a la letra. Pero tampoco basta con esto. Cuantiosos son los semanarios fundados conforme a esta norma; en la mayoría de ellos ni siquiera existe el grabado. Sin embargo, eso no les ha evitado una muerte generalmente prematura. ¿Quién no recuerda docenas y docenas de revistas literarias que han vivido con la fugacidad de la rosa? Hace falta, además, que el texto sea selecto. ¿Cómo?

Hay dos maneras de escoger el texto. La más sencilla consiste en monopolizar, a fuerza de dinero, las firmas de los escritores de más público. Una revista que pudiese pagar mil pesetas por cuatro artículos mensuales a los ocho o diez escritores más leídos, a condición de no escribir en ningún otro periódico español, es seguro que estaría a salvo de toda competencia. No haciéndose esto, queda otro medio de selección. Es lo que podíamos llamar selección orgánica, el modo de hacer una revista conforme a un criterio ideológico determinado, de suerte que en ella haya como la unidad de un cuerpo vivo. Generalmente, las revistas suelen ser caóticos centones, sin ninguna trabazón íntima. Domina en ellas un lirismo vago, un romanticismo flojo, una pueril indiferencia por los grandes temas actuales de la historia universal.

En España estaba haciendo falta la revista orgánica, una publicación donde se recogiesen cada semana, desde un punto de vista crítico, elaborado sin las premuras a que obliga el periódico diario, todas las manifestaciones de la vida nacional, las políticas como las literarias, las científicas y filosóficas como las artísticas, las docentes como las económicas. Una revista en cuyos juicios no influya la amistad, ni la ambición política, ni el espíritu utilitario; siempre escrita en una misma dirección ideal, sin otra norma que el sentimiento de la verdad, de la justicia y del bien común. Una revista, en suma, donde el lector no esté seguro de hallar sus propios juicios y prejuicios; pero sí opiniones que por lo menos sean claras y rectas, siempre abiertas a toda crítica y susceptibles de cualquier rectificación, sobre los asuntos más apasionantes del momento. En una palabra: una revista de espíritu polémico sobre todas las cosas.

Varios ensayos se han hecho en España, en distintas ocasiones, de este tipo de semanario. El último, y hasta ahora el único consolidado por el éxito, es la revista *España*. (No por vanidad, sino sólo como ejemplo la menciono, ya que en este instante no hay otro a mano.) A un semanario del género de *España* no puede llegar la competencia del diario, del mismo modo que tampoco llega a *La Esfera* ni creo que llegará a *LA SEMANA*. Son especies periodísticas que se mueven en terreno propio, lejos del diario y distantes entre sí.

¿Comprende ahora el amigo Gómez Hidalgo por qué no creo en la competencia entre *LA SEMANA* y *España*?

Luis Araquistain

LOS DIPUTADOS POR PRIMERA VEZ



D. Augusto Barcia, reformista, por Vera.

EL PAPA Y EL SULTAN
(«LIEDER» DEL SOLDADO BÁVARO)

Buena es la vida que se lleva el papa,
le dan las indulgencias sus cuartitos,
por eso bebe vinos exquisitos...
¡De buena gana el papa fuera yo!
Mas no, que el pobre papa un dulce beso
nunca recibe de una bella boca,
siempre sólo en su lecho estar le toca...
¡Ser, pues, el papa yo no quiero, no!

Qué bien vive el sultán; él, siempre alegre
habita en un palacio esplendoroso,
de cien mujeres es señor o esposo...
¡Con qué gusto el sultán sería yo!
Mas no, mas no, porque también el pobre
a la ley del Corán rendirse debe,
y ni un trago de vino nunca bebe...
¡Ser el sultán yo no quisiera, no!

De cada uno de ellos en la vida
yo no envidio la suerte dividida;
soldado soy, y así tengo bastante
siendo papa y sultán a mi talante.
Dame, muchacha, un beso enamorado
y yo soy el sultán afortunado.
Escancia, camarada, de lo añejo,
y me he metido al papa en el pellejo.

José de Laserna

AGRADECIDOS

Vaya para nuestro querido colega *El Mundo*, que en una lamentación tan cariñosa como justa nota que en el pasado número no hemos mencionado su nombre al recordar y agradecer los elogios que nos dedicaron varios colegas madrileños, un saludo y una explicación.

Omisión involuntaria fué, omisión, no de Redacción sino de imprenta, y no podía ser otra cosa, porque un doble motivo nos impulsaba a citar su nombre: la cortesía y la simpatía.

Gracias también muy cariñosas a *El Parlamentario* y a *Política*, que nos elogian y nos estimulan; muchas gracias a los colegas de provincias, que, unánimes, nos dan la bienvenida, sorprendiéndose casi todos de que por tal precio podamos hacer tal periódico.

Esfuerzo nos cuesta, en efecto; pero como somos, más que somos, seremos, si el público, tan generoso como nos ha acogido, nos sigue recibiendo.

LA GUERRA

Los turcos, esos pícaros turcos, a quienes desconocemos como si fueran habitantes de la Luna y que no atinamos a verlos aquí más que machacando cabezas de armenios, no deben ser, no son, tan despóticos ni tan crueles como han dado en pintárnoslos plumas al estilo de las francesas, que cuando hablan de nosotros nos sacan al escenario del mundo, trabuco en mano, navaja en liga, tocando panderetas y poniendo banderillas... ¡Y amigos en el mundo hay más!... Y si los vecinos no nos conocen, ¿qué de extraño tiene que se cuelgue a los turcos ¡que están tan lejos! muchos milagros que acaso no hayan realizado?... Digo esto a cuento de que cuando los turcos dominaban en los Balcanes se olvidaron, ellos, los crueles, los opresores, de imponer su lengua a los pueblos vencidos y sucedió... lo que necesariamente tenía que suceder, que una buena mañana, servios, búlgaros y montenegrinos, repasando su historia, se enteraron de que habían sido; ¿por qué no habían de volver a ser? Llegó un momento en que las diversas nacionalidades de la península balcánica, dándose cuenta de su individualidad, aspiraron a hacerse independientes y a constituir otros tantos Estados. Monjes como el búlgaro Paissiy, historiadores y poetas como Juriy Vénelin, literatos como los servios Dosifej Obradovitch y Vuk Karagitch, et-

modernos Estados balcánicos y los turcos, éstos se retiraron hacia Constantinopla y Bulgaria. Servia, Montenegro y Grecia quedaron con las fronteras actualmente conocidas, y la primera de estas naciones con la espina en el alma del recuerdo doloroso de los go pes que recibió de servios y griegos, después de haber arremetido todos contra Turquía y pensando que, según le decía la etnografía, ha ia búlgaros en el territorio meridional de la nueva Servia y búlgaros en la parte Norte de la novísima Grecia, precisamente (para entendernos con arreglo al croquis publicado) entre Monastir, Salónica y Seres. ¿Se conciben, pues, los resquemores de búlgaros y griegos? Los primeros con sus sueños de unir bajo una misma nacionalidad a los que hablan la misma lengua; con el amargo recuerdo de la pa ada guerra turco-balcánica, con el deseo de aumentar su costa en el mar Egeo ambicionarían Kavala y Salónica. Los griegos bien sabían que este puerto, por encontrarse casi frente a la desembocadura del Canal de Suez, tenía y tiene mucha importancia; los austriacos alguna vez soñaron con él... Vamos, otro lío... ¿Y habían de dejar los griegos que los búlgaros redondearan su territorio a costa de su flamante conquista? ¿Y no habían de permitir los alemanes que sus aliados, los austriacos, no asomaran por Salónica? Interesante debe haber sido la laboriosa gestión diplomática que habrá precedido al momento en que búlgaros y alemanes (los austriacos ya no deben estar en este tea-

Salónica y Doiran, pero en la guerra no hay que contar sólo con la propia voluntad, sino con la del enemigo; que da la pícara casualidad que siempre está pensando en corromper las oraciones y los planes que elabora su contrario, aunque a juzgar por los hechos de esta guerra, parece como si los aliados careciesen de voluntad y ante la fuerza magnética de los soldados de los imperios centrales, van como el hierro tras del imán y como el loco del cuento, no donde quiere ir, sino donde los llevan.

Armando Guerra

COSAS DE LA SEMANA

Hasta la hora presente continúa perteneciendo al partido liberal dinástico el Sr. Junoy.

Se comenta con elogio este rasgo de consecuencia política del elegante senador catalán.

El Sr. Villanueva ha prohibido a los ex diputados la entrada en el Salón de Sesiones.

Ha sido un acierto.

Pero un acierto a medias.

Puesto a prohibir, ha debido el señor presidente del Congreso prohibir también que entren los diputados.

El país se lo hubiese agradecido.

Dos tipos mal encarados comentan el último vuelo del Infante D. Alfonso.

—¿Qué te ha parecido el viaje aéreo?

—Hombre, no está mal. Pero a Cartagena se puede ir en menos tiempo.

—Tú, sí. Y ya fuiste cuando lo de la puñalada a la Trini... Total, dos segundos. Y en seguida a Cartagena, pero que volando...

—Naturaca. Como que lo difícil no es ir pronto hasta allí. Lo difícil es que te dejen ahuecar el ala al día siguiente.

¡Vaya un par de hermanitos aprovechados, los hermanitos Echegaray!

¡Ya está D. José en la Tabacalera y D. Miguel en la Academiá!

El uno, fumándose las brevas; y el otro, fumándose la sintaxis.

Por cierto que D. José podrá hacer en la Tabacalera «labor fina», pero D. Miguel ¿qué labor va a realizar en la Docta Casa?

¡Como no sea la de poner en verso las cartas de D. Antonio Maura!

¡Sí, sí; que las ponga!

¡Y no las descifra entonces ni el propio Novejarque!

El nuevo académico se pasó toda la tarde del día en que fué recibido como tal, esforzándose en explicarnos el concepto de lo cómico.

¡Qué gana de molestarse!

Lo cómico era ver a D. Miguel en aquella casa.

Suponiendo que esto no fuera lo trágico.

Y a propósito de Migueles: ¿a que no saben ustedes por qué no prestó juramento ante las Cortes el Sr. D. Miguel Morayta?...

Pues porque, según dijo, señalando a la minoría republicana: «Nosotros queremos que venga la República»...

¡Habrá embustero!...

Ha sido impresa *La ciudad alegre y confiada*. Los entusiastas de Benavente dicen ahora que esta obra más que para vista, es para leída.

¿Para leída?...

Para dormida, querrán ustedes decir. Porque ¡cuídado si es monótona y poco teatral la celebrada tragedia patriótica.

¡Bueno es hacer patria; pero en una obra dramática es mejor hacer teatro!

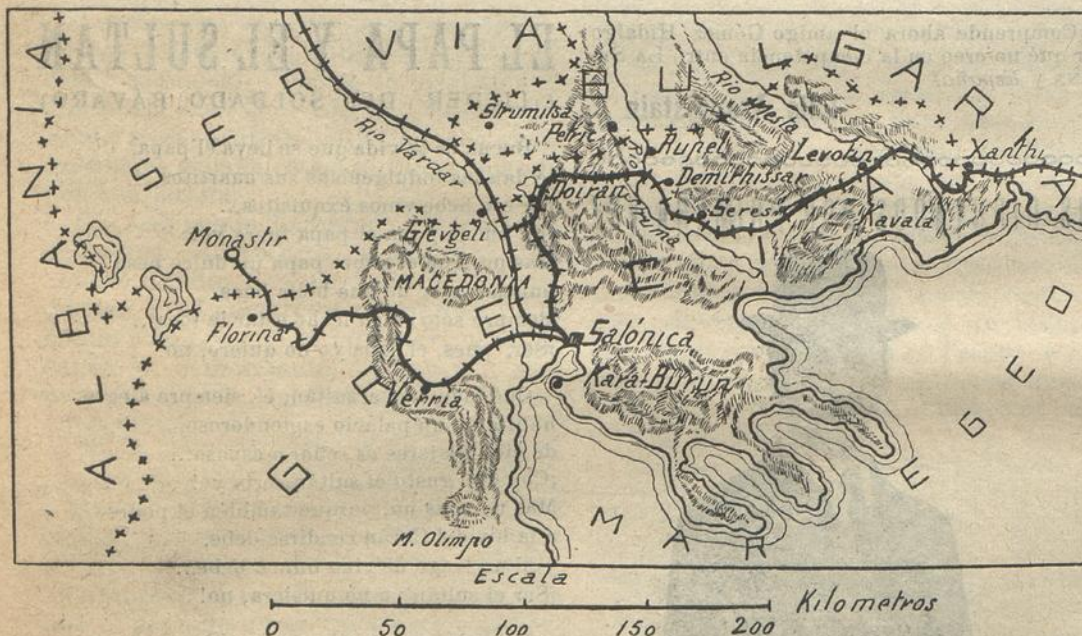
Que es lo que se le ha olvidado en esta ocasión a D. Jacinto.

Entre amigos.

—¿Sabes que la de Antúnez ha tenido un niño muy mono?...

—¿Muy mono?... Pues que lo lleve en seguida al Instituto Rubio.

Luis de Tapia



cétera, etc., que no es difícil, si se quiere presumir de erudito, soltar un chorro de nombres, comenzaron a escharbar entre las cenizas del pasado, a resucitar cantos populares, a evocar glorias guerreras de otros tiempos (¿qué pueblo no las tiene!), y como la lámpara de la nacionalidad no la habían apagado los turcos suprimiendo la lengua de los vencidos, de hogar en hogar, de boca en boca, se repitieron aquellos cantos en la lengua que fueron escritos, y soplando así cada día sobre las menudas brasas que había entre las cenizas del pasado, la llama no tardó en brotar. Y véase por dónde la guerra se incubó muchas veces en el cerebro de un poeta. Grecia fué la primera de las muertas nacionalidades que resucitó como el ave fénix de entre sus cenizas; después la tocó el turno a Bulgaria, Servia y Montenegro; pero al constituirse estas nacionalidades, se encontraron con que, guiados por la filo gía, había manchas de servios, búlgaros y griegos fuera de los territorios asignados a Servia, Bulgaria y Grecia, y como todos querían llevar los límites de sus fronteras hasta donde su lengua se hablase, el avispero de los Balcanes nació, y como el hombre que tantos misterios ha descubierto aún no ha atinado con el procedimiento de resolver ciertos conflictos más que a golpes, antes de maza y ahora de cañón, puesto que el conflicto estaba en puerta, los golpes no se harían esperar. ¡Y vaya si llegaron!

Se reprodujo aquella escena de la venta de la Mancha donde «daba el arriero a Sancho, Sancho a la moza, la moza a él, el ventero a la moza», y después de una manta de palos distribuidos más o menos equitativamente entre los

tro de operaciones) han salvado la frontera griega. Se ha hecho constar en un radiograma de Berlín que a pesar de este paso los derechos de Grecia han quedado garantizados. ¿Cómo? ¿Por qué? Que lo averigüe Vargas... Ello es que los griegos han evacuado Rupel y Demirhisar; que los búlgaros han llegado a Seres; que tienen grandes núcleos de tropas hacia Xanthi y por Strumitra, Petric y Gjevgeji; que hay alemanes por Monastir y que los franco-ingleses que están establecidos desde Salónica a Doiran, al retirarse los griegos que había por Florina hacia Verria y los que se encontraban por Rupel, Demirhisar y Seres hacia Salónica se hallan en la situación del que habiendo confiado a dos amigos que se pusieran a sus costados para no tenerse que cuidar él más que de lo que a su frente sucediera, viera que los que a regañadientes aceptaron tal papel le dejaban solo y al descubierto.

¿Qué va a suceder? Si allá por el Monte Olimpo siguen residiendo los dioses paganos, ellos por ser dioses y dominar desde tal monte parte del teatro de operaciones, puede que estén en el secreto de los hechos que se avecinan. Yo, lector, me limito a servirte vino viejo en odres nuevos (*non nova sed nove*). Cuando alemanes y búlgaros se las entiendan con los franco-ingleses, te diré lo que han hecho de la manera más clara que me sea dable, para que con el menor trabajo por tu parte sepas a qué altura andan tios y troyanos. Si yo fuera el que mandase las fuerzas que andan por el valle de Struma, recordando lo que Bonaparte hizo en Tolón, marcharía hacia Kara-Burnu para intentar que no se me escapasen ninguno de los aliados que hay entre

LAS CARRERAS DE CABALLOS, por R. Marín.



Llegada a la meta, en la tercera carrera, del caballo «Mela», propiedad del duque de Andría.

HAY QUE LEER

Aun cuando algunos catalanistas me crean enemigo del idioma catalán, soy entusiasta suyo y no deseo su exterminio, sino su pujanza. Es más: lo que siento de veras es que la gente política no comparte, por regla general, la decidida afición que yo tengo a la lengua de Verdaguer.

Hay que leer en catalán, porque sólo así se puede saber lo que piensan los catalanes cuando escriben en su idioma.

Es muy entretenido.

La *Veu de Catalunya* ha publicado in extenso los discursos y brindis pronunciados en el Parque de Güell el día de la fiesta de la unidad catalana, y allí he podido leer estas frases pronunciadas por los prohombres del catalanismo:

«Este acto es la afirmación de que Cataluña tiene una vida independiente y propia, demostrando que es una patria, que es una nación.» — (Ventosa y Calvell.)

«Cataluña es una nacionalidad, y sabe y siente que es una nacionalidad, y al tener conciencia de ello, llega fatalmente a la deducción a que llegan los seres que se sienten su vida plena: a querer regir su propia vida. Cataluña quiere regir su propia vida.»

«Nosotros somos catalanistas, no porque seamos regionalistas, sino porque tenemos conciencia de la nacionalidad de Cataluña y queremos que triunfe.»

«Plantaremos a la vez la reivindicación de la plenitud de la soberanía catalana, de la consecución de una asamblea catalana con un poder ejecutivo catalán que rijan la vida interior de Cataluña.»

«Ha llegado la hora de plantear el pleito de la gerencia integral de nuestra casa, y de decir que queremos que sobre las funciones que sigan nuestra vida la Soberanía de Cataluña sea completa, que no intervenga en ella el Estado.»

Es preciso, en interés de España, que todos los españoles se encuentren bien dentro de ella y que los elegidos que representen a España en las negociaciones que acaso harán modificar el mapa político de Europa puedan decir que hablan en nombre de España, y no se dé el caso de que se sienta una voz potente que diga muy alto y muy terminantemente que no hablan en nombre de Cataluña.»

(Discurso de Cambó.)

«Al salir de aquí iremos hacia Madrid y sentiremos el alma llena de lo que aquí ha sucedido, de lo que aquí hemos visto y escuchado hoy y pensando en la grandeza de la misión que nos lleva hacia ella pensaremos que no vamos como procuradores de nuestros pueblos, sino como embajadores de Cataluña.»

(Morera y Galicia, diputado a Cortes.)

«Nosotros somos un pueblo pleno de civilización y ansias de cultura, lleno de tantos anhelos que la Mancomunidad bien podemos decir que no satisface nuestras aspiraciones.»

«Nosotros no estamos aquí para reclamar ningún interés particular. Estamos aquí para que nos oigan de toda Europa: para decir que en Cataluña hay un pueblo vivo, un pueblo que quiere ser y tener una patria y un pueblo que nunca morirá.»

(Puig y Cadafalch.)

«Se pretende arrancar de nuestros corazones el sentimiento de patria, y en lugar de él se nos quiere hacer amar al Estado español, sin tener en cuenta que PATRIA COMO MADRE NO SE TIENE MÁS QUE UNA.»

«Nosotros al Estado español cuando nos trata bien podemos solamente respetarlo, como se respeta a una madrastra, pero nunca podremos amarlo.»

«Triunfaréis con la bandera de Cataluña o seréis derrotados, abrazados a ella llevándola bien alta, bien derecha y BIEN SOLA.»

(Vallés y Pujals, senador del Reino.)

¿No es verdad, mis queridos lectores, que resulta muy entretenido e interesante saber leer el catalán?

Antonio Royo Villanova

PEQUEÑECES

¡Estos periódicos! ¿Pues no sale el *Heraldo* diciendo en su primera plana: «Los ministros italianos Viviani y Thomas.»

Claro es, que tratándose del *Heraldo*, es probable que diga un día de estos: «Los ministros franceses Salandra y Sonnino.»

Porque las bromas, pesadas o no darlas. Y el *Heraldo* las gasta así.

* *

De los bailes rusos en el Real.

¿Saben ustedes cómo llaman ahora a García Prieto?

¡El príncipe Igor!

* *

En la Cámara de Comercio Española de París, ha dado una conferencia sobre economía de la guerra, nuestro compatriota el Sr. Botella.

El cual ha dicho que ni Jovellanos ni Costa, acertaron a plantear el problema español, que es un problema «muy complejo».

Suponemos que para decir esto el Sr. Botella no se habrá calentado los cascos.

PLUTARQUILLO

NUEVAS VIDAS PARALELAS

Shakespeare y Benavente

De cuantas grandes obras históricas se han publicado desde «La guerra del Peloponcio», de Tucídides—Tracia, siglo IV, antes de Jesucristo—hasta «En tal día...», de este nuestro afectísimo amigo y seguro servidor—Madrid, 1915, «Colección Mercurio»—, ninguna tiene la inmensa fama de que gozan las *Vidas paralelas*, esa serie de biografías de hombres ilustres que, a pares como los frailes, dió a luz hace casi diecinueve centenar de años Plutarco, el sabio y moral hijo de Queronea.



Shakespeare

Y el éxito de las *Vidas paralelas* está en que son paralelas precisamente. Lo que ha colocado a su autor por sobre todos los historiadores, antiguos y modernos, consiste en las comparaciones que, al estudiar a cada dos de sus biografiados, Plutarco establece.

Las comparaciones, aunque se dice que son odiosas, no es cierto que lo sean, como es cierto que los pollos con tomate causen trastornos gástricos. Hacen correr estas voces los pollos para evitar que se los mate y se los guise en la roja salsa, y hacen correr las voces aquellas los hombres que temen ser comparados con hombres ilustres o ver comparadas sus hazañas con hazañas gloriosas.

¡Las comparaciones son divertidísimas! ¿Lo dudáis?... Pues yo no lo dudo. Y prueba de ello es que me dedico a escribir nuevas vidas paralelas ansioso de resultar, si no el Plutarco de estos días, porque estos días son más insignificantes que los de Grecia y Roma, el Plutarquillo al menos.

Pongo mano a mi labor comparando a Benavente (D. Jacinto) con Shakespeare (Don Guillermo). Ambos son autores de obras que se representan en los teatros. Existe, pues, entre los dos un punto de comparación. Y ha habido recientemente, algunos Arquimedes que han aprovechado punto tal para, apoyando en él la palanca de su entusiasmo maurista y germanófilo, conmover, ya que no el mundo, la Corredora Baja de San Pablo y vías adyacentes.

Si, hermanos míos; los entusiastas de Benavente, al sacarle la otra tarde en hombros de la «Bombonera de D. Cándido», como sacan los capitalistas a los novilleros de la Plaza de Toros, para que no se confundiese a su ídolo con el «Microbio Chico» o con el «Pitrafas II», iban gritando:—¡Es el Shakespeare moderno!

Ya véis que no es mía la idea de comparar al autor de *Modas* con el autor de *Hamlet*. Pero mía la hago, porque me parece una idea muy acertada, considerando que en los centenarios de actualidad debemos los españoles tributar honras a Shakespeare como justa correspondencia de las honras que los ingleses tributan a Cervantes. ¡Honremos al autor de *Macbeth*, comparándole con el autor de *Lo cursi*...!



Benavente

EL HUMOR FRANCÉS Y LA GUERRA

¿Que cómo haremos esa comparación? Sobre las producciones escénicas de ambos naturalmente. Ha dicho el maestro Plutarco que las vidas sólo deben tratarse si se relacionan con las obras. Por eso descartaremos de las semejanzas shakespeariano-benaventinas aquello que tenga tan poco que ver con la dramaturgia, como lo que sea con los Témperas del año.

Debe recogerse, si, el indudable parecido físico de los dos escritores, que son calvos, y tienen la barba en punta y los bigotes mefistofélicos. Pero debe recogerse, señalando que tal parecido puede ser voluntario por lo que a Benavente respecta, y que siendo así nada significa.

En efecto: una cabeza semejante a otra cabeza es cosa fácil de hacer. Arrancarse los pelos de la frente, dejarse crecer los de la barbilla y levantarse los del mostacho, no tiene mayor dificultad. Y no da, interiormente, mayor semejanza.

Pondré un ejemplo para demostrar que si Benavente se ha arreglado los brotes capilares al objeto de parecerse a Shakespeare, no ha conseguido mucho. Supongamos que yo me tiro el cabello para atrás, y me dejo crecer barba y bigotes, afilándome éstos con tocino y pintándome aquélla en tres tintas. ¿Me pareceré o no me pareceré a Vicente? Claro que me pareceré. Y, sin embargo, nada hay más distinto del amargado y aburrido director de *El Liberal*, que mi persona alegre y pinturera.

Dejemos, pues, en nuestro estudio la investigación de lo material y vamos a investigar lo espiritual solamente. Shakespeare y Benavente como autores se parecen en... Pero será más sencillo ver en qué se diferencian.

Recordáis los nombres de los principales personajes de Shakespeare, ¿verdad? De esto no hay duda. Y también los nombres de personajes secundarios. Ofelia no es la protagonista de *Hamlet*, ni Banquo el de *Macbeth*, ni Desdémona la de *Otelo*, ni Falstaff el de *Las alegres comadres de Windsor*, a pesar de lo cual los nombres de Falstaff, de Desdémona, de Banquo y de Ofelia están en la memoria de todos. Como están igualmente los de personajes aún menos importantes: Mercucio, el amigo de Romeo; Yago, el envidioso del moro veneciano, y Polonio, el cortesano del príncipe de Dinamarca.

Ahora bien, que decimos los oradores parlamentarios, recordáis los nombres de los protagonistas de *La noche del sábado*, de *La comida de las fieras*, de *Amor de amor* o de cualquiera otra de las obras de Benavente? No. Y conste que os pido que recordéis sólo nombres de primeras figuras. ¿De segundas y de terceras no hablemos!... No los recordáis ¿eh?...

Bueno, ¿y sabéis por qué es esto y por qué es aquello? ¿Por qué se conocen los últimos personajes de Shakespeare y no se conocen los primeros personajes de Benavente?... Pues porque Shakespeare los crea y Benavente no los crea.

Las figuras de aquél están esculpidas, y las de éste apenas si están dibujadas. Sólo hay una en toda la producción benaventina que se destaca, porque constituye un tipo. Y esa figura es la única cuyo nombre se recuerde: ¿El Crispín de *Los Intereses*?... ¡Claro está!

Pero Benavente—diréis—hace obras de conjunto. ¿Obras de conjunto? Precisamente eso es lo que hizo Shakespeare. Y lo que Benavente no ha hecho jamás.

¿De conjunto las obras de Benavente?... Para eso sería preciso que cada una de ellas encarnase una pasión. ¡Como la encarnan las de Shakespeare! En *Otelo* están vivos y palpitantes los celos; en *Romeo y Julieta*, el amor; en *El Mercader de Venecia*, la avaricia; en *Hamlet*, la venganza; en *Macbeth*, el crimen y en *El Rey Lear*,



—Pero ¿has visto qué escándalo y cómo sube todo con esto de la guerra? ¡Cinco marcos la libra de carne!...
—¡Chis! Habla bajo, mujer. Va a creer la gente que me he casado contigo por el interés. (De Le Rire.)

el cariño paterno y la ingratitud filial. ¿Hay algo así en alguna de las obras de nuestro Shakespeare? Yo sólo recuerdo *El marido de la Tellez*, donde vive y palpita la antipatía... ¡La antipatía que sentía entonces Benavente por Fernando Díaz de Mendoza!

Y hay otra diferencia esencial entre las obras de Shakespeare y las de Benavente. En las primeras todo sucede y en las segundas todo se relata. O, al menos, sucede y se relata, respectivamente, todo lo importante.

Fijándonos en la más intensa, en la más fuerte producción benaventina que es, sin duda de ningún género *La Malquerida*, vemos claramente que el relato substituye a la acción. El conflicto dramático se encierra en el amor del padrastro y la hijastra, y se provoca por el asesinato del novio de ésta. Cosas ambas que el espectador sabe porque se las cuentan. ¡No ocurren ante él! El novio de la malquerida es herido entre bastidores, y el amor de la hijastra al padrastro y del padrastro a la hijastra, también nace entre bastidores y sólo, sale a escena ya criado, crecido y casi con la carrera terminada.

¿Ocurre esto en las producciones shakespearianas?

LA ACCIÓN CATÓLICA



D. Ramón G. Rodrigo Necedal, merced a cuya iniciativa se elevará en breve en el Cerro de los Angeles, centro geográfico de España, un artístico monumento dedicado al Sagrado Corazón de Jesús y costeadado por suscripción popular, de 5 céntimos a 1 peseta, que han encabezado los Reyes.

rianas?... ¡Y qué ha de ocurrir! Examinemos la obra de amor, puesto que amor se ha tratado. En *Romeo y Julieta* no cuenta nadie al público que se aman la descendiente de los Capuletos y el vástago de los Montescos. Se ve nacer el amor de Romeo cuando en el baile pregunta: «¿Quién es esa estrella convertida en mujer?», y se ve nacer el amor de Julieta cuando en el jardín, queriendo olvidar el nombre maldito que lleva su galán, dice: «¿Qué importa el nombre?... La rosa no embriaga con su olor porque se llama rosa, ¿aunque la llamásemos de otro modo, tendría el mismo aroma de embriagador». Y luego no se cuenta que el cariño de Julieta y de Romeo lo ha salvado todo para unirlos. ¡Se ve en la despedida del balcón, mientras sustituye al canto del

ruiseñor nocturno el de la alondra madrugadora!...

También se diferencia el teatro de Shakespeare del teatro de Benavente... Pero no hay que buscar ya otras diferencias, pues se han visto todas. El teatro no es, ni ha sido, ni será otra cosa que acción, pasión y caracteres. Ya hemos encontrado todo lo que de las tres determinantes escénicas hay en Shakespeare y no hay en Benavente. El paralelo entre el dramaturgo inglés y el dramaturgo español está ya hecho. ¿Que es paralelo matemático por lo de no encontrarse ni en lo infinito de la prolongación?... Si decis eso, vosotros lo habréis dicho.

Yo no niego que Shakespeare y Benavente se parezcan. Creo que se parecen; lo creo, sí. Se parecen como media vuelta a la derecha y media vuelta a la izquierda, en que son iguales, ¡sino todo lo contrario!...

Luis de Oteyza

La herencia de "Azorín"

Desde que hace unos ocho años escribió «Azorín» aquellas impresiones parlamentarias entre «figurescas» y «albaredescas», asociando a las siluetas espirituales las siluetas físicas, y mezclando el análisis de un discurso al énfasis de una actitud, de una corbata «crepitante» o de un «chaquet» correcto, se ha instituido en los periódicos esta sección diaria y ha salido una serie de imitadores desafortunados del gran escritor.

Actualmente no hay periódico que se estime que no la tenga, ni periodista con pretensiones que no la solicite ahincadamente. Pero aquí del sobado «¡o ténporas o mores!», de los tiempos en que «Azorín» destacaba el perfil de Maura, hablando de las barbas plateadas, de la camisa alba y de la levita impecable, o la silueta de Vega Armijo, observando su gesto agrio y sus patillas «agresivas» a estos plebeyos tiempos en que los revisteros parlamentarios, empleando una jerga arcaico-modernista que tira de espaldas, mezclan vocablos como «asaz» con «timos» como el «ya la dao», hay una diferencia como de la noche al día.

En casi todos los periódicos las «Impresiones parlamentarias» son, con todo respeto, una jeringonaza. La otra noche decía el *Heraldo* hablando de la constitución de la Alta Cámara: «Los escaños refulgen con el esplendor «severo» de los fraques». ¡Un esplendor «severo»! ¡Vamos, hombre!

Y más adelante: «Las tribunas están hoy repletas, viéndose en primer término (¿cómo no?) damas que lucen ¡ay! las sugestivas toaletas primaverales». ¡Ay, amigo mío! Quiso usted hacer literatura y... ¿cómo no?

¿Pues qué me dice usted del diario maurista *La Acción*? El revisero del Congreso escribe: «Y como esto está (es-to es-tá) ya acotado asaz (pero quién dice «asaz» en pleno siglo XX, hombre de Dios?) y es lo de ayer y lo de todos los días, permite, carísimo lector, a tu amigo el cronista, que adelante unas horas el asueto que, luminoso, prometedor, anhelado, le ofrece la divina institución dominical».

¡Luminoso, prometedor, anhelado! ¡Asaz, asaz!

CUENTO DE «LA SEMANA»

El crimen de Julián Ensor

Julián Ensor, lo mismo que el señor Parent y que Episcopo, era un cobarde incapaz de intentar nada en contra de la mujer, que siendo suya por convenio legal y divino, la sabía él ajena por codicia y por liviandad. La conoció en una «brasserie» alejada del centro de la población, a la cual iba para rehuir la tiranía de varios compañeros de oficina, que, no contentos con hacerle pagar todas sus faltas y realizar todos sus trabajos, le buscaban por las noches para reírse de su simplicidad y zaherirle con procaces burlas. En el rincón menos concurrido, mientras la espuma iba deshaciéndose con tenue chispear sobre el oro líquido y transparente de la cerveza, se resarcía de las penalidades sufridas en las ocho horas de trabajo. Solo, libre de sus amigos, sin pensar en nada, Julián Ensor era feliz. Allí nadie le hablaba; nadie, sospechando su carácter débil, le hacía blanco de invectivas. La cervicería llegó a ser para él una necesidad, una voluptuosidad, tal vez la única de su vida de claudicaciones. Por las mañanas, al esmerarse en copiar con su elegante letra inglesa, oficios y disposiciones ministeriales que habían de valer plácemes a otros, pensaba en la llegada de la noche, en la luz cruda de los focos eléctricos, en los amplios divanes tapizados de verde y en los espejos luminosos y profundos. Ya por las tardes todo su cuerpo enflaquecido tremaba de dolorosa impaciencia, y luego comía aceleradamente, dejando muchas veces el postre, para ir con las precauciones de un malhechor que se cree perseguido, a sentarse intranquilo y dichoso ante el vaso de cerveza, cuyo amargor penetrante no concluía de ser grato a su paladar.

Conocía de vista a todos los parroquianos asiduos, y siempre que los hallaba en la calle cruzaba con ellos una mirada familiar, casi misteriosa, una de esas miradas que forman el hilo de un secreto. Y allí conoció a su mujer. Era joven, morena; en su rostro, bajo el complicado artificio de su cabellera opulenta y oscura, dos manchas bermejas contrastaban con la tenebrosa profundidad de sus ojos agrandados por sendos círculos azules y con la curvatura constantemente móvil y húmeda de su boca, que fingía una herida.

¿Que cómo fué el caso? Concretamente nadie puede decirlo. Tuvo esa encadenación inesperada y fatal que eslabona los hechos, uniendo términos tan distantes, que la perspicacia más aguda no sospechara verlos acercados jamás. Durante muchas noches él la vio con el mismo manso amor con que veía todas las cosas del establecimiento: los divanes, las mesas, las cafeteras humeantes, las botellas de opaca diafanidad, el granuja precoz queregonaba con voz insinuante cerillas y periódicos ilustrados. La veía ambular por entre las mesas, inclinarse ante los parroquianos y recorrer, con la diversidad de sus sonrisas, una extensa gama, cada uno de cuyos matices hubiera servido a otro observador más sagaz para clasificar la esplendidez de las propinas. La veía como a una cosa, y nunca pensó en el encanto sensual de aquel cuerpo, que muchas veces, al hurtarse rápido en un esguince a la solicitud de una mano aviesa chocaba contra los veladores, alzando de ellos un sonoro temblor de cristales. Casi no advertía que ella era la más joven y la más hermosa de las camareras; casi no advertía que ella era la más agasajada. Para él era uno de los objetos de la cervicería; y sin embargo... ¿cómo fué aquello? Una noche, ella no le cobró la cerveza; otra, pasadas algunas, le trajo un vaso sin él pedirselo y tampoco se lo quiso cobrar; varias semanas después

Julián le dió para que cambiase un billete de veinticinco pesetas y ella no volvió con el cambio, y la noche de un viernes, por fin, le pidió que la esperara y salieron juntos. En la calle se les unió un viejo de cabeza intensa y brillante mirada suspicaz. Ella le dijo que era su padre.

—Mi Juanita ya nos había hablado de usted. En casa tienen muchas ganas de conocerle.

—¿De mí? ¿Ella le ha hablado de mí?...

—Nosotros no somos de esos padres que se oponen a que sus hijas tengan novio, ¿sabe usted? Siendo, como usted, persona honrada... Desde hoy ya cuenta con nuestro permiso.

Y fué así. Luego, una sucesión de hechos absurdamente lógicos: varios paseos, dos giras al campo, algunos viajes a la Vicaría, una ceremonia grotesca: un velo blanco, un ramo—quizás demasiado grande—de azahares, un frac de bazar, algunos latines rituales, tartamudeados por un cura obeso... Y después... después la desdicha.

* *

Y la desdicha fué tenazmente cruel. Desde la tarde de la boda, Julián Ensor sabía que era un predestinado, es más, lo sabía desde antes; y cuando el sacerdote le preguntó que si la aceptaba por esposa, él hubiera respondido que no, si aquella irremediable cobardía que pesaba sobre todos los gérmenes de su acción, le hubiera permitido el transcendental acto de hacer por única vez en la vida su voluntad, en vez de someterse a la de los otros.

Sus amigos comenzaron a hacerle visitas injustificadas. Fué mandado por su mujer a recados de premiosa tramitación. Una tarde, yendo de paseo escoltado por algunos jóvenes que, sin recatarse de él, la miraban con esas miradas que hablan de una historia, de un convenio o de una lividiosa solicitud, oyó una voz grosera decir: «Mira qué gracioso el marido de la Juanita.» Y algunas mañanas encontraba sobre su pupitre, dibujados por manos rudimentarias y arteras, ciervos, tauros y unicornios, que él rompía en pequeños fragmentos para darlos uno a uno a la purificación del fuego de la estufa, mientras meditaba, friamente, que sólo una explosión colérica podría redimirle de aquellas torturas.

Y tuvo que aguardar en la escalera a que, después de una mal disimulada inquietud interior, la puerta se abriese, para encontrar en la sala a su mujer y a cualquier amigo en actitudes harto comedidas. No era promediado el segundo mes de matrimonio, cuando hubo de servirse la cena, porque su esposa había salido sin siquiera advertirle, dejándole dicho que iba al teatro. Y al finalizar el quinto mes, la deformación maternal era en Juanita una acusación y una promesa perentoria de alumbamiento.

Julián Ensor sufría todo pacientemente. Por las mañanas, al entrar en la oficina, sus compañeros le preguntaban uno después de otro, con voces entrecortadas por toses y por risas burlescas:

—¿Cuándo nace tu hijo?

Y aún otro, el más desvergonzado, añadía:

—Es preciso que la buena estirpe de los Ensor se perpetúe.

Y Julián hundía el acerado raspador en la carpeta, y al hacerlo, pensaba en los corazones de aquellos que tan despiadadamente herían el suyo, aterrizado por la visión sangrienta que en su imaginación, cándida y pacífica, se fijaba con el burocrático aspecto de un frasco de tinta roja derramado.

Fué en abril, una tarde al volver del Ministerio embriagado con la fragancia áspera de un ramo de geranios que le obligara a comprar una florista, cuando el viejo de cabeza intensa le recibió con acogido clamor:

—Juanita está grave!... Corre, ve a casa de don Luis... ¡La comadrona ya no puede hacer nada!

Casi sin conciencia, descendió la escalera y con pasos inciertos de beodo, dirigióse a casa del doctor. Al ir a trasponer la acera, un hombre se le acercó decidido y turbado: era un antiguo parroquiano de la cervicería:

—¿Usted es el marido de Juanita?... ¿Cómo está?... ¿Es cierto que puede morir?

—Bien... No sé... No, no se muere.

Julián Ensor comprendió, en un instante se hizo cargo de aquella abominable vergüenza. Y en tanto que sin detenerse, tropezando con los transeúntes, seguía su ruta, pensaba que él se debía volver y matar, con la misma glacial bes-

tialidad con que pensamos trágicas soluciones a un drama visto en el teatro. El doctor le recibió con lenta cortesía, haciéndole, a la vez que se ponía parsimonioso el abrigo y el sombrero, preguntas que él contestaba maquinalmente.

—¿Tiene convulsiones?... ¿No la han sometido durante quince días a alimentación láctea?... Tal vez sea la albúmina el motivo... ¿Cuántos meses llevan de matrimonio?

Julián Ensor, afrentado y cobarde, respondió hasta la última pregunta, sin mentir. En el coche, mecido por el blando vaivén, una idea terrible comenzó a rondarle; una idea tan pavorosa que él en vano trataba de esquivarle mirando la calle, en apariencia fugitiva, por el cristal turbio del carruaje. Era una idea tenaz, diabólica, que nacía de algo desconocido en él, de algún centro de recónditas energías. «¡Si ella muriese!» Y la idea se desarrollaba, se precisaba hasta concretar todos sus trámites: un féretro, una noche de vela, un paseo tras un carro fúnebre en una mañana asoleada y después... después la libertad, la soledad, los ratos felices en otra cervicería donde no hubiera mujeres, viéndose todas las noches en la hondura luminosa de los espejos, y no pensando ni temiendo nada ante el oro transparente y líquido de la cerveza que se iría deshaciendo con tenue chispear.

El doctor penetró en la habitación, volviendo a salir poco después, desnudos los brazos, para buscar en un maletín algo que Julián vio brillar con argéntas fulguraciones. Antes de volver a la alcoba, le dijo:

—Más vale que usted se quede fuera.

—Sí, yo estaré aquí, junto a la ventana.

Sujeto a los barrotes, casi convulso, escuchaba los menores ruidos de adentro. Las vecinas piadosas salían o entraban con vasijas y trapos. De tiempo en tiempo percibíanse las frases imperativas del doctor. Y por las rendijas, en un instante de audacia, pudo ver el rostro exangüe de su esposa, junto al cual una mano sostenía un frasco azul. Sin reparar en Julián, comentaron algunas vecinas que salían:

—¡Vaya un trance duro, mi señora! Uno de los dos tiene que quedar... El doctor lo ha dicho.

Y entraron. Solo, sujetándose a la ventana para no caer, la idea terrible volvió a hacer presa en su cerebro. Ahora se concretaba más: «¡Oh, si ella muriese!» Y con una rapidez de alucinación se sucedían en sus ojos cerrados las visiones de una caja grande galoneada de oro y de una cajita blanca, muy pequeña, casi tanto como la caja de papel del jefe de su negociado. «¡Si fuera ella la que muriese...» La idea se agigantaba, se apoderaba de su voluntad y la dirigía hecha un voto maléfico hacia adentro del cuarto, donde la anestesiada articulaba con torpeza frases incoherentes y llamaba a alguien, a alguien que él ya odiaba. ¡Oh, tanto tiempo sin sospechar! Al recuerdo de aquel antiguo conocido visto con simpatía innumerables veces, al recuerdo de la pregunta audaz, al recuerdo de su plácida dicha truncada, la idea perfeccionaba su maleficio, haciase más claramente perversa: «¡Que sea ella, que sea ella aunque viva su hijo!» Y hubo un murmullo dentro. El comprendió que algo decisivo ocurría y se aferró con convulsa fuerza a los barrotes... ¿A cuál de los dos tendría que acompañar en la mañana soleada que siguiese a la interminable noche del velorio?... Sobre el murmullo compasivo, unos vagidos gausgos e intermitentes vibraron en la habitación.

Y una de las vecinas que salía trémula, retratado en el rostro ese terror inconfundible de los que han visto pasar a la muerte cerca de sí, exclamó al ver a Julián exánime junto a la ventana:

¡Pobre!... ¡Tan poco tiempo de casados!... ¡Mira cómo un débil ha podido doblar los barrotes! ¡La fuerza del dolor!... ¡Que Dios nos libre, señora, que Dios nos libre!...

A. Hernández Catá

SASTRERIA DE ANGEL MARTINEZ

LA MODA

ESPECIALIDAD EN TRAJES DE ETIQUETA Y SPORT

Príncipe, 18, entresuelo

UNA CONFERENCIA



El Sr. Lerroux, después de dar su celebrada conferencia en el Círculo de la Unión Mercantil.

(Foto Marín Ortiz.)

VIAJE DE UNOS EXPLORADORES



Córdoba.—Los exploradores de Santa Cruz de Tenerife, que vienen de camino para Madrid, obsequiados por la tropa de Córdoba, a su paso por aquella capital.

(Foto A. Nogales.)

LA FIESTA DE ARANJUEZ



Una verónica de Benito, en la corrida celebrada el día de Aranjuez.

VELADA LITERARIA EN ALBACETE



Albacete.—Velada celebrada recientemente en el Ateneo Albacetense en honor de Cervantes, por distinguidas señoritas, alumnas de aquella Escuela Normal de Maestras.

(Foto J. Collado.)

FORERO HERIDO



El diestro madrileño Agustín García Malla, que en la corrida celebrada en Barcelona el pasado domingo fué gravemente herido por uno de los toros que lidiaba. Por las muchas simpatías con que cuenta entre los aficionados madrileños, su salud es estos días tema de actualidad.

(Foto Biedma.)

TIRO DE PICHÓN



La afición a las tiradas de pichón se extiende, hasta popularizarse, y comienza ya a tener la intervención de la clase media, que las presencia y las sigue con interés. He aquí a D. Juan Carles, con la Copa del Gran Premio de Madrid, que ha ganado en los pasados días.

BODA ARISTOCRÁTICA



La Srta. Mercedes Martorell y Téllez de Girón, hija de la duquesa de Alenara Alta, que ha contraído matrimonio con D. Gabriel Squella y Rossiñol.

EN EL CONSERVATORIO



Ceferino Palencia y Nieves Suárez, rodeados de los alumnos examinados de primer año.

PRÁCTICAS MILITARES DE LAS ESCUELAS DE BERLÍN



Todos los reclutas alemanes, antes de ser enviados a las trincheras, se ejercitan en prácticas militares en las distintas escuelas, de Berlín. He aquí a uno de ellos en guardia para un ataque a la bayoneta.

UN HOMENAJE



Lápidas fijadas en la casa de la calle de Atocha en que habitó el novelista Alarcón.

PENSIÓN



D.ª Carmen Cencio, viuda del famoso Isaac Peral, pensionada recientemente por el Estado con 5.000 ptas. anuales.

LA NIÑA-FENÓMENO

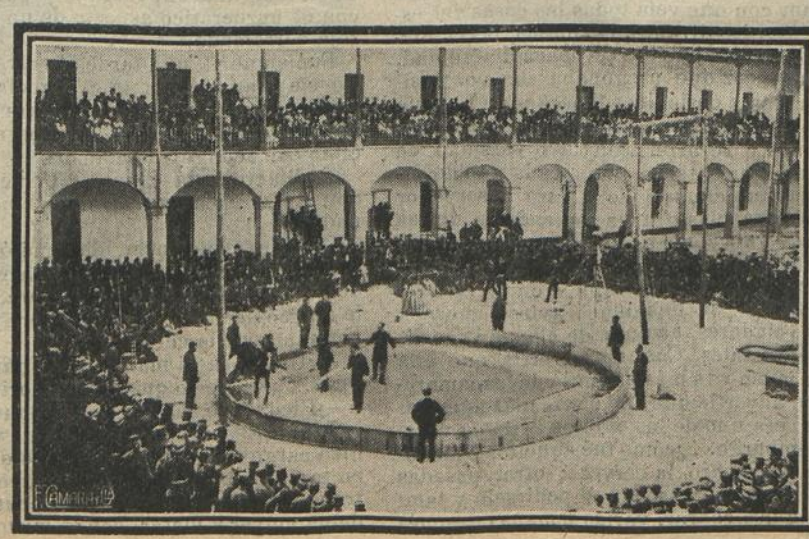


La niña Braudilia González, de Molinicos (Albacete), que sus padres han llevado a Palacio e intentan mostrar a los Reyes. Tiene veinte meses y pesa tres arrobas; habla, canta y su desarrollo, en general, es de una precocidad sin precedente. Al hacerle la presente fotografía nuestro redactor Sr. Ortiz, los padres de la niña-fenómeno se lamentaron de que se les niegue el permiso que han solicitado para exhibirla al público, con lo que podrían salir de la triste miseria en que viven.

LA FIESTA DEL PATRÓN DE LOS INGENIEROS MILITARES



Uno de los números del circo de Parish en la fiesta que organizaron los ingenieros en el cuartel de la Montaña.



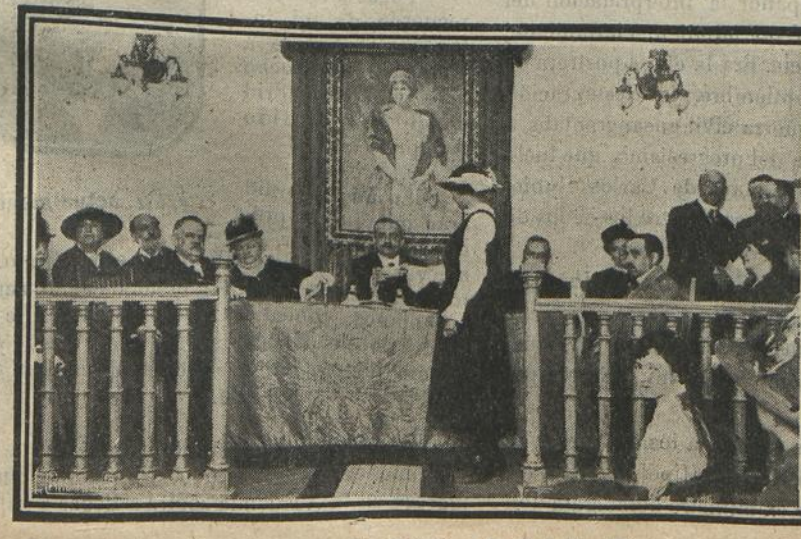
Otro de los números con que los ingenieros militares celebraron la fiesta de San Fernando, su Patrón.

ARTISTA



La artista Lola Soto, gestionando una licencia.

EN LA ESCUELA DEL HOGAR



El subsecretario de Instrucción Pública, D. Natalio Rivas, con la condesa de Pardo Bazán y el director de Primera Enseñanza Sr. Royo Villanova, en la entrega de premios en la Escuela del Hogar.

¿Cómo y cuándo ganó usted su primera peseta?

La primera peseta vino acompañada de otras 74, lo cual quiere decir que formó parte del primer sueldo que tuve como periodista.

Hace tanto tiempo, que sucesos y personas se esfuman en el fondo de mi memoria. Yo tenía diez y siete años, y seguía los estudios de jurisprudencia en la Universidad Central. Aficionado a leer desde niño, no sentía, sin embargo, el menor estímulo de ser escritor. Creíame desprovisto de dotes para ello, y es probable que aquel juicio de mi mocedad fuera el que verdaderamente debió prevalecer. Y en cuanto al periodismo, causábame terror. Mi padre había sido periodista, y pude contemplar las amarguras que sufrió. Para mí, esa profesión significaba enojos, intranquilidades, dolores, escasez, martirio. Así, pues, yo quería buscar en la sociedad un rincón humilde, tan humilde como fuera necesario; pero en el que hubiera paz espiritual. Las luchas del que escribe para el público me espantaban.

Pero cómo son pocos los hombres que siguen el camino que desean, no me correspondió la suerte que anhelaba. Un día las exigencias del vivir me llevaron a la redacción de un periódico. Un amigo de mi padre, D. José Arroyo y Cobo, sabiendo que yo necesitaba algún ingreso que me permitiera continuar mis estudios, me llamó a su casa y me dijo:

—Vamos a ver. ¿No te gustaría ser periodista?

Contestéle que no, que además no tenía habilidad alguna que pudiera ser utilizada en un periódico, como no fuera la de copiar fajas o llevar los paquetes al correo.

—Eso no lo sabes tú—añadió el bondadoso amigo—. Hay que hacer la prueba. Sólo por lo que has oído a tu padre, que es periodista de toda la vida, sabrás de este oficio lo que otros, llenos de pretensiones, ignoran. Esta noche, a las diez, te espero en la redacción de *La Iberia*, calle de Valverde, esquina a la de Muñoz Torrero.

El Sr. Arroyo, hombre de la confianza de Sagasta, era director de aquel antiguo periódico, que tanta parte tomó en las campañas de la libertad contra los gobiernos de Narváez, González Bravo y O'Donnell.

Emocionado y trémulo entré a la hora indicada en la sala de la redacción de *La Iberia*, que estaba llena de gente. En el centro de la estancia había una gran mesa oblonga, rodeada toda ella de un pupitre dividido en doce fragmentos. Allí trabajaban los redactores. En el centro había un pupitre más alto, en que estaba el redactor jefe. No he visto nunca una mesa más solemne. Tal vez había sido ideada por alguien que pretendiera dar al periodismo carácter burocrático. Imposible parece que en aquellos pupitres oficinescos se hubieran escrito las vibrantes proclamas de Calvo Asensio y los artículos demagógicos de Carlos Rubio.

Don José Arroyo me presentó a los que iban a ser mis compañeros, y a un señor, vestido de frac, que, sentado en una butaca, conversaba con varios de ellos. Aquel señor, que, después de comunicar al director la consigna de don

Práxedes, se fué al teatro Real, era D. Luis de Rute, subsecretario de la Presidencia del Consejo de Ministros.

El redactor en jefe, que se llamaba D. Ceferino Terán, me dijo:

—Examine usted la Prensa de provincias y vea si hay en ella algo interesante.

Y puso en mis manos un montón de periódicos que aún estaban sujetos por sus fajas. Sentí el escalofrío de la muerte. ¿Cómo? ¿Era necesario que yo leyese todo aquello? Sí, era necesario, y además había yo de acertar a escoger de las innumerables columnas de las publicaciones provincianas lo que tuviera interés. Entonces me dirigí a mí mismo esta pregunta: ¿qué es lo interesante? Mi ignorancia juvenil no se permitió pensar que, en la respuesta a tal interrogación, se halla todo el arte del periodista.

Cerca de mí estaba un joven de algunos años más que yo, que me acogió con ese generoso compañerismo que, pese a los choques de la polémica y a las emulaciones por la fama, hace de las redacciones albergue de la generosidad. Era D. Roque Fernández Izaguirre. Ya sabía él los secretos del oficio. Poseía una cultura literaria muy extensa, conocía bien la literatura clásica española. A él debí los primeros consejos profesionales, y merced a su amistad, que siempre he recordado con gratitud, me recobré del espanto que me había producido la mesa del solemne pupitre.

Poco después dejó de ser director de *La Iberia* el Sr. Arroyo y fué sustituido por D. Francisco Bañares, hombre de mucha lectura, pero ignorante de las artes del periodismo. Y no mucho más tarde entró a formar parte de la redacción un compañero de estudios universitarios, que iba a ser gloria eminente de la prensa: don Miguel Moya.

El Sr. Bañares daba a los jóvenes libertad para que ejercitaran sus aptitudes, lo cual nos permitió a Moya y a mí soltarnos rápidamente en el aprendizaje. Un mes más tarde hacíamos artículos de fondo.

Había allí un escritor de mérito, el Sr. Santana, que tenía la pluma suelta, intencionada y elocuente, y que luego abandonó el periodismo para dedicarse a su profesión de juriconsulto. El se bastaba a llenar con lucimiento la primera columna de *La Iberia*, pero ya fuese por descansar de la dura tarea, ya porque le hiciera gracia nuestra intrépida mocedad, consentía en que le sustituyéramos en la grave función de dar al liberalismo español la interpretación del suceso de cada día. Y no faltaban, ciertamente, sucesos de importancia. Era la etapa postrera de la Revolución de septiembre, la Restauración iba a verificarse, la guerra civil ensangrentaba a España... La antorcha del progresismo, que lució espléndida en la recia mano de Carlos Rubio, lanzaba sus últimos chispazos entre los dedos de unos cuantos muchachos inexpertos.

Verificado el acto de Sagunto, *La Iberia*... Pero no, eso no es ahora del caso, ni se me ha pedido que escriba la historia de España, sino que le diga cómo gané mi primera peseta.

Pues fué una tarde en que, a los dos meses de mi iniciación periodística, D. Hipólito Rodríguez, padre del ilustre ex ministro demócrata don

Tirso, y copropietario con Sagasta de *La Iberia*, me llamó aparte y me dijo:

—Estamos satisfechos de lo que usted hace. Como pequeña prueba de nuestra simpatía se le ha señalado un haber mensual de quince duros. Puede usted cobrarlos cuando guste.

J. Ortega Munilla

CONTEMPORÁNEOS CÉLEBRES

D. Angel Urzáiz

El reporter llega a casa del Sr. Urzáiz a las cuatro de la tarde. En el recibimiento, sencillo, limpio y ordenado, aguarda unos minutos. Don Angel está despachando con un cliente.

Sobre una mesita se ven colecciones de revistas y periódicos españoles y extranjeros.

El reporter siente a los pocos minutos hablar en el pasillo.

Don Angel penetra en el recibimiento trayendo en la diestra unos lentes de oro de los que se ha despojado, y nos dice amistosamente:

—En seguida vengo, Castro, estoy atendiendo a este cliente.

Minutos después pasa el reporter al despacho del ilustre ex ministro.

—¿Qué hay de bueno?—nos pregunta con la cortesía en él peculiar.

—Don Angel, una entrevista. Vengo a que me diga usted

algo. Y confieso que tengo miedo, porque cuantos han sabido que venía a verle a usted me han replicado: «El Sr. Urzáiz no querrá decir nada».

Don Angel sonríe un poco indulgentemente: —¿Y de qué quiere usted que hablemos?

Le expliqué mi plan y en seguida se dispuso a contestarme. Y como las cosas que me dijo tienen gran interés, doy fin al preámbulo para entrar en materia.

—¿...? —Nací en el año de 1856, en el Puerto de Santa María, donde residían accidentalmente mis padres, que eran de Galicia. A los pocos años salí de allí para el colegio de Vergara, donde estaban ya mis dos hermanos. Entonces era famoso aquel colegio.

—¿...? —Pocas anécdotas recuerdo de mi infancia. Tengo mala memoria. A los ocho años vine a Madrid donde he residido siempre.

—¿...? —En mi juventud eran mis juegos predilectos el billar, el ajedrez y la pelota, sobre todo este último. Era muy aficionado a leer sin método cuanto caía en mis manos: comedias, novelas, tratados de Economía política, artículos..., de todo. Leía y, al mismo tiempo, *hacía*: esto es, aprendía y daba realidad a lo aprendido.

—¿...? —Aspiraciones? Cuando ingresé en la Universidad, las de serlo todo. Un cadete cuando ingresa en la Academia aspira a llegar a capitán



Urzáiz, a los 30 años



Urzáiz, actualmente.

general. El hombre debe aspirar a serlo todo, y luego resignarse estóicamente con lo que llegue a ser.

—¿...?

—Amigos de la juventud tuve pocos. Conocidos, muchos. Conmigo iban a clase... no me acordaré de todos... Pero, en fin, entre los que iban recuerdo al marqués de la Mina, al cura don Donato Jiménez, a don Juan Alvarado, a don Miguel Moya... Siendo muy joven entré en la redacción de *El Debate*, donde conocí a Ferreras. Allí hacía yo política extranjera y notas de la guerra ruso-turca de 1877. Tres años estuve en *El Debate*, y en 1880 entré en *El Correo*, que acababa de fundarse. Ferreras me protegió mucho,

y gracias a él salí diputado cuando tenía veinticinco años recién cumplidos. Y no crea usted que salí por el art. 29, sino en una lucha reñidísima contra D. José del Valle. Esa, como usted comprenderá, fué una de las mayores satisfacciones de mi vida. A la redacción de *El Correo* iba mucho D. Benito Pérez Galdós, que era muy amigo de Ferreras. A ambos nos quería mucho don José. Siempre se nos veía juntos a los tres en todas partes. Nos llamaban *los tres anabaptistas*. Ferreras contribuyó mucho también a que yo fuese ministro. Oí decir muchas veces esta frase atribuida a Castelar: «Este Ferreras se ha empeñado en hacer ministro a Urzáiz y autor dramático a Galdós»... En *El Correo* me ocupaba de cuestiones políticas, económicas, etc., etc.

—¿Ha sido usted siempre diputado por Vigo?

—En una legislatura lo fui por Lalin (Pontevedra) en 1886. En las Cortes conservadoras de 1884 y 1891 luché por Vigo y me derrotaron. Fui gobernador de Córdoba a los treinta y un años, subsecretario de Hacienda con Albareda e intendente general de Hacienda en la isla de Cuba en 1889. Allí estuve siete meses, y volví con permiso. Pero al llegar a Santander me enteré de que se había planteado aquella crisis conocida con el nombre de la *crisis de la corazonada*, y ya no volví más a Cuba. Como usted ve, mi historia no es fecunda en hechos pintorescos, tiene poco interés. Fui ministro por primera vez con Sagasta en 1901. Lo que sigue, es tan reciente...

—¿...?

—Un país puede estar bien gobernado con leyes malas. Es más necesaria la gente apta para aplicar las leyes, que las leyes mismas. Lo esencial es el elemento hombre. ¿Quiere usted un ejemplo? Este mismo país se ha transformado algo, a pesar de tener la misma legislación. ¿Por qué? Porque los hombres han ido desapareciendo. Claro que si las leyes son buenas, ayudan mucho. Pero aquí, más que leyes, necesitamos, como le he dicho, hombres aptos. Yo conozco la ley del Banco de Inglaterra, que es notabilísima. También conozco la del Banco francés, que es muy deficiente. Y, sin embargo, los resultados se diferencian poco. ¿Se debe a las leyes? No. Se debe a los hombres.

—¿...?

—Eso que se dice de la reconstitución económica, no es más que un tópico para hacer discursos. Todo se vuelven *palabras y palabras*... Se publican índices de lo que hay que hacer y no se hace nada. Los mismos que hacen esos índices, saben de antemano que no harán nada de lo que anuncian con bombo y platillos.

LOS EXPLORADORES MURCIANOS



El muelle de Cartagena durante la misa que se celebró en él días pasados, con asistencia de los exploradores de Murcia, Cieza, Aquilas y Cartagena, que sumaban 1.200. (Foto Gómez Lozano.)

Lo primero que necesitan los españoles es conocer a sus representantes. Y no los conocen, porque la Prensa se los presenta disfrazados. Es como si a mí me retratasen con pelo. Todos somos ilustres, insignes, elocuentes y hay que ver cómo tenemos entre todos a este desventurado país. La situación de la Hacienda estimo que mejoraría, pero con hombres aptos.

—¿...?

—Ni las fuerzas que tenga un partido, ni las reuniones, ni los discursos, redundan en beneficio del pueblo, sino en beneficio... de los partidos, que es muy diferente.

—¿...?

—No bastan las travesuras y artimañas para gobernar. Es preciso tener la confianza del pueblo.

—¿...?

El pueblo confía en su Rey... pero bien aconsejado.

—¿...?

—No he asistido aún al Congreso. Pero ya ve usted: el Congreso se constituirá en la semana que viene, supongo yo... Estamos a fines de mayo... En junio vendrán las vacaciones de estío... De modo que en un mes, pocas cosas se harán... digo yo...

—¿...?

—No creo que nadie se ocupe de preguntar por qué salí del Gobierno. ¿Para qué?

—¿Cómo que para qué?—interrumpe el reporter.—¿No van a las Cortes, por lo menos algunos representantes del país? ¿Y no repercutió en todo el país su salida del Gobierno, a pesar de la tierra que unos y otros echaron sobre el asunto? La opinión pública espera que aquello se aclare, para poder juzgar con conocimiento de causa. Si el Parlamento calla, será de todos la responsabilidad. La justicia demanda que aquel acto se ponga en conocimiento de la opinión. Y no es a usted a quien más interesa aclararlo, porque no fueron contra usted las censuras.

—Pues ya verá usted cómo nada se dice...

—¿...?

—Los proyectos de ahora son los mismos de siempre... Sirven para un partido y otro con la misma facilidad. Ocurre como con los retratos al óleo de los reyes. Aparecen éstos vestidos lo mismo: de capitanes generales. Así es que si a un retrato de Amadeo se le borra su cara y se pone en su lugar la de Alfonso XII, pues pasa por Alfonso XII, sin que nadie se aperceba del cambio.

—¿...?

—Cuando fui ministro la última vez, me censuraron fieramente otros que lo habían sido. Ahora, nadie censura. Todos marchan en la mejor armonía. La prensa conservadora me atacó con

verdadera furia. La que se llama liberal no me defendió. Y así fueron las cosas hasta que se logró *extirparme* del Gobierno.

—¿...?

—¿Que estoy solo? Es cierto. Yo no tengo fuerza política, porque jamás me preocupé de reunirla. Fuerza moral si creo tenerla y con esto me basta. Ya he dicho antes que ni el banquete ni las adhesiones, ni los votos van en favor del pueblo.

—¿...?

—Tres votos particulares he emitido en pro o en contra, que han tenido alguna transcendencia: el de la pensión del Infante, el de las Comunidades religiosas, que desde el año 60 ve-

nían rehuyendo los Gobiernos y el del indulto de Nakens. Acerca de los indultos, mi criterio es el de concederlos en todos los casos, excepto en uno: el concerniente a los delitos de prevaricación. Y conviene advertir que aquí este delito sirve para encumbrarse y en ocasiones es un resorte para sumar adictos. A veces, para servir al amigo, al protector, el funcionario público prevarica. Y su injusticia es reconocida como un mérito. ¿Cómo castigar, pues, otros delitos, mientras ese no sólo no se castiga, sino que se premia?...

—¿...?

—¿Qué pasará después de la guerra? Lo que quieran los españoles. Mas para eso es preciso que lo que éstos quieran lo deseen también los gobernantes. Los españoles no sólo debemos decir que somos neutrales, sino procurar discurrir con imparcialidad.

—¿...?

—¿Mi situación política actualmente? Siempre fui liberal de corazón. Cuanto se haga inspirándose en el espíritu liberal lo veré con simpatía.

—¿...?

—El problema fundamental nuestro está en llegar a tener una buena administración. Eso es todo.

Con estas palabras terminó su amena conversación el ilustre hacendista, a cuya amable acogida no estaremos nunca lo bastante agradecidos, así como a las frases de elogio y cordialidad que tuvo para LA SEMANA.

Miguel de Castro

NUESTROS PLEBISCITOS

LA CORRIDA IDEAL

En vista de la cariñosa acogida que está dispensado el público a nuestro *Plebiscito para la formación de un Gobierno Nacional*, nos proponemos celebrar otros varios, que serán, igualmente, del agrado de nuestros lectores.

Y siempre respetuosos con las aficiones populares, entre los que tengan, como el actual, una tendencia transcendental y patriótica, figurarán otros más frívolos, que aspirarán solamente a distraer a nuestros lectores.

El primero de éstos lo dedicaremos a los aficionados a las corridas de toros, y tendrá por principal objeto averiguar cómo puede componerse, con qué toros y con qué toreros, *Una corrida ideal* para quienes gustan de esta clase de fiestas.

Las bases, que aún no hemos ultimado, serán originales, y, seguramente, agradarán al público.

COMENTARIO SENTIMENTAL LA INQUIETUD

La inquietud es *aristocrática* (claro que uso el término en el sentido *intelectual* del mismo); la curiosidad es plebeya, o mejor dicho, la curiosidad es la forma rudimentaria de la inquietud, o sease la inquietud para los espíritus vulgares. Pero lo mismo la inquietud que la curiosidad son morbosas; las almas fuertes no se sienten atormentadas de la inquietud, como los pueblos jóvenes y sanos no sienten la curiosidad.

Todas estas ideas me las sugiere un hecho vulgar en que la grosería, la estulticia y la curiosidad malsana del público, en complicidad con su ineducación, han causado molestias sin cuento a sabios doctores, virtuosas religiosas, dignas enfermeras, y daño material y aun moral a una de nuestras más altas y nobles fundaciones, el Instituto Rubio.

Un chusco o un mal intencionado echó a volar una especie sensacional; tratábase de algo absurdo ante las leyes supremas de la Naturaleza: una señorita *aristocrática* (así para, dar más aspecto sensacional a la cosa—y conveniría que de una vez supiera uno lo que las gentes entiende por *aristocrático*)—había dado a luz no sé que monstruosas alimañas, y las gentes, en lugar de la sonrisa de escepticismo que tan descabellada idea merecía, en vez de un prudente y conmisericordioso silencio si por falta de cultura del sentimiento y del buen juicio habían de usar, sintieron acometidas de un loco prurito de ver al monstruo.

¡Los monstruos! En todos los pueblos acometidos de honda e incurable decadencia ha existido el culto al monstruo. Los pueblos jóvenes y fuertes amaron como los griegos la belleza, y la forma fué un reflejo de la serena nobleza de la idea; en cambio en los pueblos de decadencia surgió el monstruo, que era la encarnación en la realidad de las aberraciones del espíritu. Y así en las galerías del coloseum apiñóse una multitud ebria de vino y de lujuria para admirar a los obscuros enjendros que los tratantes traían de los confines del mundo; así en las cortes medievales, bufones y fenómenos, fueron la única galanura.

Las razas muy jóvenes tienen la voluntad tendida como un arco hacia un solo punto, y los seres contrahechos no son para ellos sino cosas inútiles que deben de morir; pero las razas viejas, embrujadas de misteriosas turbaciones que no llegan a tomar forma, encarnánlas en los monstruos como ellas, contrahechos e informes.

El público quiere la inquietud, pero no la inquietud de las cosas nobles, grandes y férreas, no la inquietud de la máquina que no entiende pero que sabe para lo que sirve, no la del medicamento nuevo que el sabio usa para combatir sus males, no la teoría política o filosófica que viene a redimirle. Sabe que todo eso está fuera de su alcance, pero que hay otros cerebros de excepción que conocen su secreto y pueden dominarlo.

La inquietud que quiere es la otra, la inquietud del monstruo, del curandero que aplica remedios absurdos y asquerosos; la de la ilumina-

da, que cura imponiendo las manos y hace que los míseros campesinos vayan a ella en caravanas llevándole la ofrenda; la de la misteriosa revolución, que ha de trastornar el orden de las cosas o la del crimen brutal y raro de que cada día va sabiendo un nuevo detalle espeluznante.

La inquietud en los espíritus de decadencia es buscar la sensación nueva, la idea extraña, que es un desconocido reflejo del espíritu, dar forma a un malestar o a un goce que no existe más que en nuestros nervios. En el pueblo es la curiosidad grosera, brutal, que prefiere en los toros, el valor temerario al arte sereno; en la política, la acción violenta al esfuerzo reposado; siempre la guapeza al valor frío.

Es en los seres de selección el deseo de bucear en las páginas de un libro, en el vulgo el ansia de ver estampas cuanto más truculentas y chillonas mejor.

Antonio de Hoyos y Vinent

MENSAJERIAS

(CONTESTACIÓN PAGADA)

Señor alcalde...

¿Es verdad que el aplazamiento del dictamen sobre la zona de recreos en el Retiro obedece a que se está buscando la consabida «fórmula»?

¿Es verdad que la consabida «fórmula» consiste en una mezcla detonante de conciertos los jueves y «cupleterías» el resto de la semana?

¿Es verdad, por lo tanto, que a pesar de la cacareada oposición al cupleteo habrá cupleteo porque los opositores se han convencido mediante las razones que han aportado ciertos agentes cupleteros?

Señor director de Seguridad...

¿Es verdad que en Madrid hay guardias de seguridad? Si es verdad ¿dónde se meten estos guardias que no se ve uno para un remedio? De día, no se ven más que en las plataformas de los tranvías; y de noche, a las puertas de los cines y teatros.

¿Quién hace la distribución del servicio que lo hace tan mal? ¿Por qué no prueba usted a darse una vueltecita al medio día por las Cuatro Calles, y al anochecer por la Carrera de San Jerónimo? No le pedimos que se de la vueltecita a media noche, porque tendría usted que luchar a brazo partido con los golfos y pelanduscas que a esas horas son dueños de Madrid.

Nos parece muy bien que tenga usted palacio y automóvil y miles de duros de sueldo, porque el cargo no es para menos. Pero tampoco nos parecería mal que todo ello sirviera para algo más que para honor del cargo. Por ejemplo, para la utilidad pública del cargo en aquello que se relaciona con la seguridad y decencia de las calles, plazas y plazuelas que tiene Madrid, donde los carreteros, los ciclistas, los automovilistas, los vendedores, los borrachos, los golfos y las golfas campan por sus respetos con una insolencia intolerable.

Señor ministro de Fomento...

¿Es verdad que en los nuevos presupuestos reorganiza usted los servicios de Puertos, concediendo una gran autonomía a las Juntas de Obras?

¿Es verdad asimismo, que los servicios agro-nómicos y forestales van a gozar también de una autonomía a la austriaca?

¿Es verdad que acomete usted también reformas radicalísimas implantando los Códigos minero y rural?

OOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOO

FÁBRICA DE RELOJES
CARLOS COPPEL
Fuencarral, 27.—MADRID

Relojes pulsera, en platino, oro, plata y oroxil

(imitación oro.)

A CADA RELOJ ACOMPAÑA
CERTIFICADO DE GARANTÍA
REMESA A PROVINCIAS

LA FIESTA DEL PERJURIO

Trescientas cincuenta personas más o menos conocidas, algunas demasiado conocidas y hasta tristemente célebres en los anales de la política española contemporánea, y unas cuatro docenas de perfectos desconocidos que acuden a un edificio llamado el Palacio del Congreso, que nada tiene de Palacio, y que por su estilo arquitectónico más parece una casa de baños, a jurar por los Santos Evangelios, o prometer, con una mano puesta sobre el pecho, respeto y fidelidad a una vieja Constitución, en la que nadie cree y que exceptuado D. Antonio Maura y D. Gumerido Azcárate, ningún español sensato ha tomado jamás en serio. Esta es la solemne ceremonia de la jura de los señores diputados celebrada el lunes último en un ambiente de vulgaridad y naftalina muy adecuado al sistema, al Gobierno que lo representa, y al buen pueblo, que dócil y sumiso, a todos aguanta sobre sus anchas espaldas.

**

Han escrito varios cronistas respecto a la indumentaria de etiqueta que usaban la mayor parte de los diputados; comentaristas de agudo ingenio hablaron ya de los fracs prehistóricos y paño color ala de mosca, de las camisas bordadas, último alarido de la moda pueblerina y de las corbatas de nudo hecho; nosotros señalaremos como detalles más salientes el impermeable azul que al entrar en el Congreso llevaba encima del traje de gala un joven diputado de la mayoría, los zapatos de charol con caños amarillos de un reformista, y unos escarabajos de oro y piedras de colores que ornaban la impecable pechera de un padre de la patria catalán. Cayendo siempre del lado de la justicia, hemos de reconocer, sin embargo, que estas Cortes de Romanones en materia de ropa están a cien codos sobre las Cortes de Dato. Se advierte, desde luego, en el personal de hogaño, un poco más de buen gusto y soltura, si les dan medios y tiempo para desenvolverse y afinarse, podrán llegar a ser un Parlamento semi presentable desde el punto de vista externo. El de Dato nunca lo fué.

**

Un compañero que desde la tribuna de la prensa contemplaba el aspecto del salón, dijo que le parecía estar presenciando una Junta general de la Sociedad de camareros de hoteles que habían acudido a la reunión vistiendo sus ropas de faena. Nosotros protestamos en defensa del gremio camareril, siempre injustamente traído y llevado. Cualquier camarero puede ser diputado; en cambio, muy pocos diputados y senadores reúnen aptitudes para servir de camareros. Hasta en los hoteles de tercera clase exigen que el personal sepa por lo menos francés, y sea vivo de entendimiento, circunstancias que reúnen sólo muy contados padres de la patria.

**

Un veterano periodista que disfruta de acta, se presentó a jurar llevando una enorme perla negra del tamaño de una nuez, recuerdo sin duda de pasadas grandezas burocráticas de los tiempos en que tuvimos colonias y el maestro gobernó insulas en Filipinas.

Quisiéramos también adivinar por qué misterioso fenómeno de telepatía un joven diputado liberal, que tiene perfecto tipo de tagalo, no apartó durante la ceremonia su mirada melancólica de la espléndida presea que lucía en la pechera de su camisa el venerable maestro de periodistas.

¡Ah, si las perlas y los diputados de la mayoría supiesen hablar, quizás encontrásemos en este banal episodio un argumento para un folletín o para una de esas películas que tanto pristan!

**

Don Julio Burell, al que mucho admiramos cuando escribe y cuando habla desde los escaños de las oposiciones, desmereció a nuestros ojos en su discurso del día de la jura.

Su loa para las manos encallecidas de Moreno Mendoza, no emocionó a nadie y molestó a muchos. ¿Por qué han de ser de mejor condición los callos que Moreno Mendoza tenga en las manos que los que Pablo Iglesias pueda tener en los

pies, Valdés y Uña y tantos otros en el cerebro, y D. Cándido Lamana en el corazón?

Esta predilección ministerial por los callos de Moreno Mendoza trajo, como no podía menos de suceder, su correspondiente cola, y al otro día Pablo Iglesias, que fija su vanidad y orgullo en estos detalles, exigió de Burell amplias aclaraciones. Más de dos horas de la sesión del martes fueron empleadas para deshacer el entuerto, dejando el Gobierno proclamado, por boca del ministro de Instrucción Pública, que todas las callosidades de los señores diputados, cualquiera que sea su procedencia, merecen iguales consideraciones y respetos. No había otra solución posible para el conflicto.

* *

Vasconcellos, el plenipotenciario portugués, que desde la tribuna diplomática presenciaba la sesión observando cuidadosamente hasta los más pequeños detalles, confiaba luego sus impresiones al ciudadano Tato Amat.

—¡Muito grandioso!, eu está conmovido.

—Allá en Portugal deben ser, sin embargo, estos actos más solemnes y más vistosos que aquí—observó Tato, que es un lusófilo apasionado.

El ministro portugués agradeció la lisonja y, atusándose los mostachos, contestó que en Portugal el espectáculo resulta *mais ceremoinoso* porque la República exige que todos los diputados, aun los que representan al proletariado campesino, se presenten con *fardamenta* de gala.

* *

Debajo de un mal frac, lo mismo que debajo de una mala capa, se puede esconder un buen bebedor.

Julian Nougues y otro padre de la patria, de apellido todavía inédito, que vestían unas *fardamentas* imposibles, abandonaban el salón de sesiones cada diez minutos para dirigirse al comedor, pues decía Nougues que el calor y la ropa de etiqueta le desarrollaban horrible sed.

Cuando acabó el acto estuvieron largo rato en el buffet, y luego, al marcharse el diputado neófito, pidió la cuenta de sus consumaciones y de las de Nougues.

Debían cerca de cincuenta tercios de cerveza.

Pagó el diputado nuevo y D. Julián hizo un comentario:

—En todos los países del mundo el consumo de los diputados se paga de fondos de la Cámara. ¡Nunca se acabará de civilizar esta pobre España!

Cirici Ventalló

AMENIDADES POLITICAS

Los comisionados

En la flamante Comisión de Presupuestos del Congreso figuran hombres tan capacitados en cuestiones económico-sociales como los señores Torres Beñena, que en su vida trató en las Cortes más que asuntos de interés local para Algeciras; Aragón, ex revistero de Tribunales, concejal y abogado de los panaderos; Núñez de Arce, de quien se sabe únicamente que ha dejado, por incompetibilidad, un destino de ocho mil reales en Fomento; Sánchez Ocaña, redactor de *ABC*, en donde no ha firmado un sólo artículo, ni económico, ni social, ni de ninguna clase; Martínez Acacio, que ha sido secretario del Congreso, donde no habló más que para leer el acta; Barroso, hijo del ministro, etc., etc.

La Comisión, naturalmente, ha sido designada por Romanones, que tantas pruebas tiene dadas de su admiración por los hombres estudiosos y talentosos.

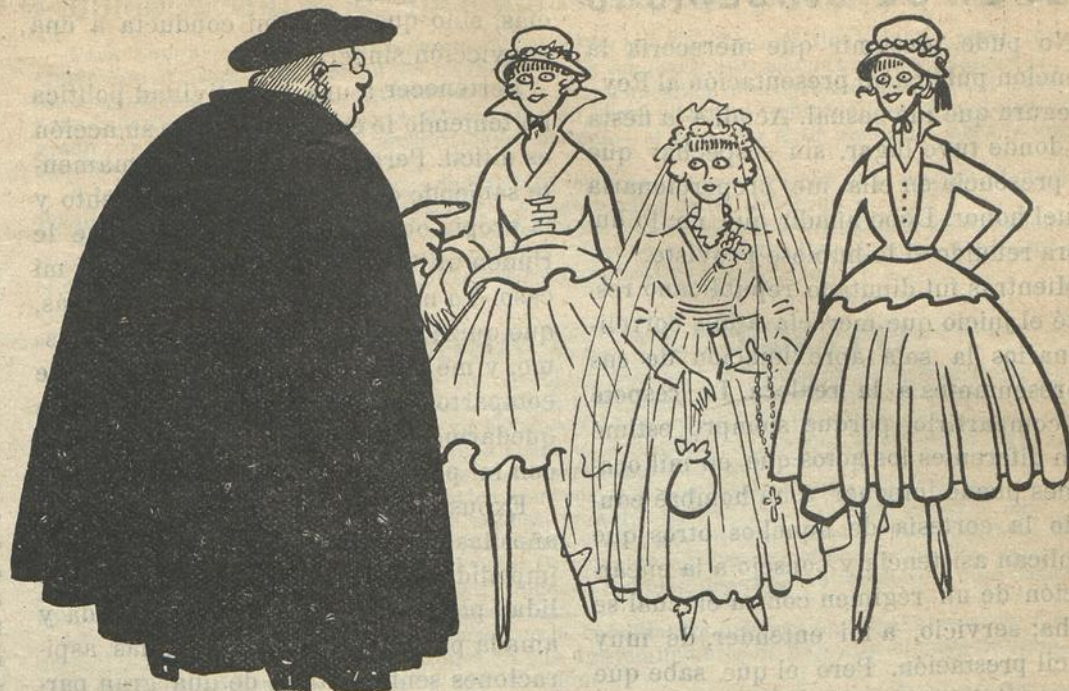
* *

En la Comisión de Asistencia pública figuran diputados como el Sr. Rosado, que no asiste al Congreso casi nunca.

En la de Reforma electoral, el Sr. Romero Cívantos, aquel de quien decía en un bando el alcalde de un pueblo de su distrito: —¡Romero Cívantos, no! Suponemos que reformará el bando.

En la de Urbanización del extrarradio, el señor Alesanco, dueño del teatro Romea, que tal

EL SACERDOTE Y LA ÚLTIMA MODA



—¿La de enmedio es la mamá de ustedes?

—No, señor cura; es la hermanita pequeña, que va de largo porque ha tomado hoy la primera comunión.

(De La Esquilla de la Torratoca.)

vez por estar en el Centro no se urbanizará jamás.

Y en la de Corrección de estilo (!), nuestros compañeros Rodríguez Lázaro y Rocamora que, juntos a un Sr. Palacios, reformista él, formarán una trinidad estilista muy superior a la de Scheñdal, Flaubert y D'Annunzio.

EL NEGOCIO, ES EL NEGOCIO

«No es cierto que en España sean los toreros quienes más ganan; durante los tres años que llevo sin coleta, he duplicado mi capital.»

Ricardo Torres.

Esta frase del hoy D. Ricardo, que fué en sus tiempos Bombita famoso; esta frase, digo, lanzada al desgaire en la *terrasse* del «Lvon D'or», hubiera, sin duda alguna, desentonado en el Acrópolo, en unos juegos florales o en el salón de sesiones de la «Supregaya compañía de los siete trovadores de Tolosa»; sin duda, asimismo, no sabe a Costa ni a le Rochefoncauld, y ni siquiera a Ossorio y Gallardo, pero—¡pardiez!—tiene un valor crematístico y una riqueza circunstancial histórica que, yo, por mi parte, y conmigo todo ciudadano consciente, no duduríamos en colocarla un marco digno de un lienzo de Boticelli o de Riego «el del sombrero de paja».

Ahí es nada: demostrar sin logaritmos, muy al contrario, con una claridad meridiana—recuerdos a Castel—el error en que patinan los cascarrabias de nuestra endemia pública, los jermías tauróforos y los recalcitrantes y acongojados planideras de todo estado de cosas. Ahora resulta que el negocio no son los toros, y que el negocio es el negocio, u sáase que «les affaires son les affaires», que dijo Henri Bataille.

Porque D. Ricardo—según se despegó de su propia declaración—ha duplicado su capital en los negocios, es decir, cambiando el estoque por el cuadradillo y el brillo de los caireles por un gabán mezclilla, prócer, de esos que tienen hasta termosifón. ¿Qué dicen ahora los sistemáticos impugnadores del *far niente* de la riqueza española? ¿Tres millones en tres años!... ¿Anda, o no anda el movimiento?

Los ironistas a la ligera, deducirán inmediatamente, al tanto de lo dicho, que la tutela de la virgen de la Soledad es inferior en el terreno de los intereses a la del semidios Mercurio, protector de los negociantes. Alto allá, señores míos, que si esto fuese así, no tendría la frase de don Ricardo el «valor circunstancial histórico» cita-

do y que constituye su prima fulgencia. (Póngase ahí su primera refulgencia; porque eso de su prima fulgencia, es un decir muy exquisito, pero huele a miembro de familia).

El dios tutelar de este Bombita al tanto por ciento, no ha podido ser el conocidísimo Mercurio con su tirso pacificador o tirso Rodríguez, sino el revolvoso Marte, con su feliz organización de la trapatiesta continental y marítima que está dejando a las naciones contendientes sin hombres y a los neutrales sin caballerías.

¿Para qué tirar más de la manta? Al buen entendedor..., en diciéndoselo todo bien clarito está al cabo de la rúa.

Con que, vayan, vayan tomando buena nota—hablando ya en mercader—los coterráneos que padecen la fiebre del oro o simplemente hambre o sed de alimentación. Nada de seguir.

«La escondida senda por donde han ido los pocos Carpios que en el mundo han sido.»

Nada de acudir a la academia taurómaca del barrio de «La China», nada de ensayar pases de pecho con los pies juntos como las antiguas habaneras, y duro con la partida doble y la partida de arpilleras y los aranceles y el coste de la patata con fletes y el del flete con patatas.

La ocasión la pintaban calva hasta el otoño de 1914. Desde entonces, en el orden de los apañes económicos, la ocasión ha echado pelo, y hoy por hoy parece un «peludo». ¡Viola! En el «peludo» está la clave. Hay que agarrarse a él antes que pase, por cuanto él es la mismísima ocasión.

¿Quién quiere dinero? ¿Usted? Pues desoiga la multitud que grita: «¡Caballos! ¡Caballos!»—Yatienda esotra que pide: —«¡Mulas! ¡Mulas!»

Claro está que al terreno de los negocios no se puede ir sin dos gordas como al terreno del toro y que lo difícil es el primer millón, según Rottchild y Claretie; pero ahí de la elasticidad de las conciencias, ahí del *anapatriotismo*; después de todo—sintiéndonos noelistas—el camino de la plaza de toros es más fatal a España que el de cualquier plaza de abastos, o, por decirlo mejor, que los «caminos tortuosos»—adiós, Baroja—de los grandes acaparadores y proveedores.

Además—¡qué cuerno!—en el Pautchalantra, libro sagrado indio, nada menos, hay una sentencia que alivia de escrúpulos:

«Si un hombre dice mentira, si honra a quien no debe ser honrado y si va a país extranjero, todo lo hace por su vientre.»

El negocio, pues, ha sido el negocio desde la más remota antigüedad.

Luego, hagamos números mientras canta Caliope.

Fernando Luque

DEBER DE SINCERIDAD

No pude presumir que merecería la atención pública mi presentación al Rey. Aseguro que fué casual. Acudí a la fiesta en donde tuvo lugar, sin sospechar que mi presencia en ella me proporcionaría aquel honor. Debo añadir que no lo hubiera rehuido si lo hubiese previsto.

Mientras fui diputado republicano respeté el juicio que merecía a mis correligionarios la sola aproximación de sus representantes a la realeza. Lo respeté sin compartirlo, porque siempre estimé bien diferentes los actos que en mil ocasiones puede imponer a un hombre educado la cortesía de aquellos otros que implican asistencia y consejo a la encarnación de un régimen contra el cual se lucha; servicio, a mi entender, de muy difícil prestación. Pero el que sabe que esos prejuicios de los partidos populares son hijos generalmente de un sentimiento puro los toma en cuenta, y hace con ello lo que debe si pidió y logró que quienes de tal modo sienten le elevaran a las cumbres de la vida pública. Hoy, sin aquella representación y libre de todo compromiso de partido, me creo autorizado para decidir por mi propio criterio mi conducta individual.

Nada más sabría decir a propósito de mi saludo al Rey. Tampoco deseo discutir los comentarios que ha merecido. Sólo me mueven a gratitud para cuantos todavía se acuerdan de mí. Pero quiero aprovechar la ocasión que me ofrece la amable invitación de LA SEMANA, para explicar mi apartamiento de la política, anterior a aquel acto, notificado a mis amigos de Figueras el mismo día de mi derrota electoral. Poco interesante será la explicación, lo reconozco; pero a mí me parece que al darla voy a cumplir mi último deber de hombre público.

Será inevitable que algunos atribuyan mi resolución tan sólo al despecho producido por la derrota y mis explicaciones al afán de en cubrirlo. Casi me estarían empleado, porque quizá yo no debí pretender de nuevo una representación parlamentaria republicana, aunque bien pudieran justificar mi pretensión el afecto entrañable y la compenetración de criterio que me ligaban a una gran parte de mis electores. Con todo, quien quiera juzgarme serenamente hallará en mi actuación los ante-

cedentes necesarios para estimar que no acomodo una doctrina a las circunstancias, sino que sujeto mi conducta a una convicción sincera.

Pertenecer a una colectividad política no teniendo fe en la eficacia de su acción es difícil. Permanecer en ella dignamente sabiendo que el propio pensamiento y la propia obra más la perjudican que le rinden utilidad, es imposible. Este es mi caso. Yo no juzgo la obra de los demás, que quizá acierten. Me juzgo a mí mismo, y me siento incapaz de fingir que comparto sus esperanzas. Y no voy a quedarme entre ellos para desalentarlos con mi pesimismo.

Expuse en el Parlamento hace dos años las causas que a mi juicio habían impedido al republicanismo dar una finalidad política realizable, comprendida y amada por el pueblo español, a las aspiraciones sentimentales de una gran parte del mismo. No creo que de entonces acá se haya colocado en mejores condiciones para lograrlo.

En cambio—y esto me decide todavía con mayor fuerza al apartamiento—temo que el proceso mundial le exponga a significar una desventaja para nuestro país en su relación con los demás pueblos. Emito con lealtad una opinión. Ni pretendo que con ella va el acierto, ni mucho menos entiendo atacar a quien no la comparta; pero no debo ocultarla. Preveo que al restablecerse la paz en Europa y comenzar la reconstitución económica de los pueblos beligerantes, que será comenzar otra guerra en la cual no cabrán neutralidades, la nación que todavía tenga problema constituyente y por él no llegue a la mayor coordinación posible de todas sus fuerzas entrará con una perso-

de ello, no soportará el estéril sacrificio. Bien pronto dará por resuelto el problema constituyente. No será extraño ver a muchos republicanos de hoy acusando a sus directores de haberles hecho perder el tiempo.

Joaquín Salvatella

POLITICA EXTRANJERA

ALEMANIA Y LOS
ESTADOS UNIDOS

Cediendo a las intimaciones del presidente Wilson, el Gobierno alemán ha renunciado por ahora a la guerra submarina. De hecho esa es la consecuencia de obligarse a dar aviso a los buques mercantes que hayan de ser torpedeados, dentro de la zona de guerra. Desde que la nota del Gobierno alemán fué entregada y hecha pública, han cesado los hundimientos de buques mercantes en el mar del Norte. Y como la máxima eficacia del submarino está en su invisibilidad, la condición de advertir previamente de su presencia e intento a los navios contrabandistas hace la guerra submarina punto menos que inofensiva. Alemania, pues, se ha doblegado ante una demanda conminatoria de los norteamericanos, ha retrocedido, ha cesado de practicar una forma de la hostilidad naval que consideraba lícita—y que a mí, de paso sea dicho, me lo parece también.—¿Cómo se explica semejante capitulación, que implica un retraso enorme en el término de la guerra, y excluye casi totalmente la posibilidad de vencer a la Gran Bretaña dificultando su aprovisionamiento? ¿Ha sido la potencia militar o marítima yankis lo que ha hecho tan prudente al Gabinete de Berlín? ¿Tal vez el temor a los ejércitos numerosos que los norteamericanos podrían alistar, equipar e instruir, o a las escuadras con que inmediatamente estrecharían el bloqueo?

Las causas de la insólita actitud conciliadora de Alemania son otras. Sin necesidad de abrumar al lector con datos estadísticos fáciles de hallar, puede probarse, efectivamente, que los Estados Unidos poseen elementos de todas clases, empezando por una población numerosa, suficientes y sobrados para constituir un gran ejército. Pero esta guerra no la deciden las masas de hombres. Ya se está viendo en todos los frentes. Es una guerra en la que la victoria será del que en definitiva haya impuesto su superioridad técnica y su resistencia moral. Los enemigos de Alemania tienen sobre ella una ventaja numérica indiscutible. Los hipotéticos ejércitos yankis aumentarían ese desequilibrio, sin duda; pero no cambiarían la posición ventajosa que desde el punto de vista técnico mantienen los alemanes. Y no lo cambiarían porque en ese terreno, en la incompetencia productora de artillería, de fusilería, de aparatos y de máquinas, los Estados Unidos son ya beligerantes, están luchando contra Alemania desde que la guerra europea comenzó.

Toda la potencia industrial americana está al servicio de los aliados. No hay duda sobre este punto. Todo cuanto los Estados Unidos pueden



D. Joaquín Salvatella.

(Foto Marin-Ortiz.)

nalidad muy débil, casi nula, en la nueva vida internacional. Lo que ocurrirá es que la sociedad española, si se da cuenta

producir para la guerra, utilizándose contra los alemanes está. La entrada oficial de los Estados Unidos en la lucha no implicaría modificación militar alguna. Lo único que añadiría a los aliados sería una gran masa de población, un gran número de nuevos combatientes. Pero estas masas humanas ¿no las hay en Rusia, y más fácilmente movilizables, menos costosas de sostener que en América? ¿No hay en Inglaterra cinco millones de soldados, según nos hace saber constantemente el Gobierno británico? Los fusiles, los cañones, las máquinas que el imaginario ejército yanqui habría de utilizar ¿no serían los que América envía ahora a los aliados? Traer ese ejército ¿no equivaldría a disminuir el aprovisionamiento, el municionamiento, el armamento constante de las naciones aliadas? Al haberse una recluta numerosa en los Estados Unidos, disminuirían los trabajadores, y en consecuencia la capacidad industrial de la nación. Esto llevaría al resultado paradójico de que habiéndose aumentado el número de enemigos de Alemania se redujera su capacidad productora de material de guerra.

En cuanto a la escuadra yanqui su acción sería absolutamente innecesaria. La escuadra alemana se mantiene encerrada en sus puertos de refugio. El bloqueo de Alemania es absoluto por mar. No cabría aumentar su eficacia. Añadir más buques a las fuerzas navales que lo efectúan no produciría otro resultado que el de acrecentar el número de blancos posibles para los submarinos germánicos.

Las razones de la actitud de Alemania, ya lo hemos dicho, son otras. La primera es la consideración de que si los Estados Unidos entraran a formar parte del grupo de sus enemigos, aumentaría de un modo formidable la potencia financiera de éstos. No es preciso razonar esta afirmación. El lector sabe que casi todo el dinero de las naciones europeas no bloqueadas ha ido a parar a los Estados Unidos. Sería este país el que superase a Inglaterra en subvencionar mercenarios contra Alemania.

La segunda es que en el territorio de la gran República viven más de veinte millones de alemanes dedicados a todas las formas de la actividad, cuya enorme riqueza sería destruida o aprovechada contra su propia patria de origen. Al mismo tiempo están refugiados en los puertos norteamericanos la mayor parte de los buques mercantes germánicos que navegaban cuando la guerra estalló, entre ellos los magníficos trasatlánticos de las Compañías Hamburguesas. Y hecho el balance del daño que los submarinos podrían inferir a los aliados al proseguir su tarea destructora, y comparado con los beneficios que para estos representaría la ayuda financiera americana y el aumento de la flota mercante, por incautación de los barcos alemanes mencionados, el Gobierno Imperial ha encontrado más ventajoso ceder por ahora, pero condicionalmente, en forma tal, que pueda reanudar su campaña submarina cuando las circunstancias le sean propicias.

Argos

En el Establecimiento tipográfico de la Casa UNGRIA, donde se imprime esta Revista, se hacen catálogos ilustrados de alta fantasía y toda clase de trabajos gráficos artísticos, así en la Imprenta como en la Litografía.

Nuestros equitativos precios y la elegancia y perfección de los trabajos que ejecutamos nos han traído tanta clientela, que hemos tenido que aumentar considerablemente los elementos de producción.

UNGRIA, PLAZA DE LA ENCARNACIÓN, 2
Teléfono 3.612

Plebiscito para la formación de un Gobierno Nacional

Para inaugurar la serie de Concursos y Consultas que LA SEMANA tiene en proyecto, hemos creído que excitará la curiosidad del público—y aún realizará una elevada misión patriótica, en estos momentos en que como consecuencia de la grave cuestión internacional, más difícil para España cada día, bien pudiera ser sustituido muy en breve el actual Gobierno liberal por otro integrado por las más prestigiosas personalidades del país—el convocar a un plebiscito para la formación de un Gabinete Nacional.

A tal fin, proponemos a cada uno de nuestros lectores que nos diga con toda sinceridad qué personalidades elegiría si estuviera en su mano la designación de un Gobierno.

Aleccionados por el ejemplo y la experiencia de concursos muy semejantes convocados por A B C en otro tiempo, esperamos que el público responderá a nuestro llamamiento, y creemos que el resultado del plebiscito no podrá menos de ser significativo e interesante.

BASES PARA EL PLEBISCITO

1.ª LA SEMANA ruega a sus lectores que emitan su voto para la formación de un Ministerio Nacional escribiendo en el talón que va al final los nombres de aquellas personalidades que, a juicio de cada votante, podrían, con mayor provecho para España, encargarse de la gobernación del reino.

2.ª Los talones deberán llevar al pie la firma del lector que se presente al concurso y las señas de su residencia y domicilio. Sin este requisito serán inutilizados.

3.ª Estos talones acompañarán a varios números de LA SEMANA y serán nulos todos los sufragios que no vengan extendidos en estos talones, para lo cual deberá el votante cortar el talón, llevarle con los nombres de sus candidatos, firmarle y remitirle *en sobre abierto como impreso*, franqueándole con un cuarto de céntimo, al señor Director de LA SEMANA, Carrera de San Jerónimo, número 10, Madrid. Los lectores de Madrid podrán también depositar su respuesta, depositada en sobre cerrado, en la portería de nuestras oficinas.

4.ª Las personas cuyos nombres figuren en la candidatura deberán ser españoles y vivir en la actualidad. Serán inutilizados los talones en que figuren nombres de personas en cuya designación haya manifestado propósito de broma o mortificación.

5.ª El plazo para admitir talones a la votación se cerrará el día 20 de Junio del corriente año, a las doce de la noche.

6.ª En el caso de que antes de esta fecha las complicaciones internacionales exigiesen la formación de un Gobierno con el carácter de Nacional, en el acto de su constitución se considerará cerrado el plebiscito, se examinarán las respuestas recibidas ante notario y se adjudicará el premio ofrecido al votante o votantes que coincidan con la designación de personas que se haya hecho, o al que más se aproxime a ella si ninguno acertase totalmente.

7.ª LA SEMANA otorga un premio consistente en una elegante cartera de piel de Rusia con 250 pesetas en billetes del Banco de España al votante que haya firmado una candidatura cuyos nombres coincidan con los que resulten del escrutinio y formen la candidatura triunfante.

El recuento de votos y el escrutinio se verificarán en las Oficinas de LA SEMANA ante un notario del Colegio de Madrid y testigos competentes para ello, y una vez proclamada y publicada la candidatura triunfante se procederá a buscar la que haya o las que hayan coincidido con ella. Si son varias, el premio se sorteará entre ellas inmediatamente; y si no hay ninguna que coincida, se otorgará la cartera con doscientas cincuenta pesetas al firmante de la candidatura que más se aproxime a la triunfante.

Íntil es decir a nuestros lectores que para nada han de tener en cuenta la significación política de los personajes a quienes designen, puesto que se trata de elegir, no un Gabinete político, sino propiamente un Gobierno Nacional.

Córtese el talón por esta línea de puntos. Se recomienda la claridad en la letra.

PLEBISCITO DE LA SEMANA CANDIDATURA PARA UN MINISTERIO NACIONAL

Presidente del Consejo de Ministros

Ministro de Estado

Ministro de Gracia y Justicia

Ministro de Hacienda

Ministro de la Gobernación

Ministro de la Guerra

Ministro de Marina

Ministro de Instrucción Pública

Ministro de Fomento

FIRMA DEL LECTOR,

que vive en

provincia de

calle

núm. cuarto

En el próximo número publicaremos originales de

JOSÉ NAKENS
MIGUEL DE UNAMUNO
CARMEN DE BURGOS
ROBERTO CASTROVIDO
EMILIO CARRERE
BARBADILLO

y otros

LA SEMANA

REVISTA POPULAR. 10, Carrera S Jerónimo, MADRID

EL GENERAL JOFFRE EN SU DESPACHO DE TRABAJO



Ultimo retrato del ilustre generalísimo de las tropas francesas, M. Joffre, en su despacho del Cuartel General, desde donde diariamente transmite las órdenes a que han de atenerse las acciones de sus ejércitos.

(Foto Illustration.)